Pierre Berton y Charles Simon

Zazá

Comedia en cinco actos y en prosa

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

CARLOS COSTA y J. M.ª JORDÁ

*



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

ZAZÁ

ZAZÁ

Comedia en cinco actos en prosa

original de

PIERRE BERTON y CH. SIMON

Versión española de

CARLOS COSTA y J. M. JORDÁ



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

PERSONAJES

ZAZÁ.	BUSSY.
ANAIS.	MICHELIN.
TOTÓ.	DUBUISSON.
SIMONA.	LE CAMÚS.
CLARITA.	MARTIN.
FLORITA.	COURTOIS.
SRA. DUFRESNE.	MALARDOT.
ROSALÍA.	LARTIGOU.
JULIETA.	AUGUSTO.
LUISA.	DUCLOU.
MELANIA.	JULIO.
BERNARDO DUFRESNE.	ADOLFO.
ALFONSO CASCART.	UN CABALLERO.

La acción se desarrolla en Saint Etienne y en París

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Escenario de un café concierto de provincias. A la izquierda y en primer término, el cuarto practicable de Zazá, de escasas dimensiones y con dos puertas, una que da al exterior, a la izquierda, y otra que comunica con el escenario, a la derecha. A la misma derecha y en primer término, una puerta que comunica con la platea. A la izquierda y en segundo término, detrás del cuarto de Zazá, el fondo del teatro con las decoraciones, muebles y demás accesorios. En las paredes y en el reverso de las decoraciones se ven pegados varios avisos: «Se prohibe fumar», «Alcázar de Saint Etienne.» etc. En la pared y al lado de la puerta del cuarto de Zazá, un espéjo del cual se sirven los artistas antes de entrar en escena. Mucha luz. Todos fuman.

ESCENA PRIMERA

ROSALIA, en el cuarto. DUCLOU, LE CAMÚS, MARTIN, COURTOIS, MICHELIN, AUGUSTO, CLARITA, entre los bastidores del supuesto escenario: luego FLORITA. Al levantarse el telón la representación está en su apogeo. Maquinistas y bomberos están én su sitio, ROSALIA prepara los vestidos de ZAZÁ, en el cuarto. DUCLOU, el segundo apunte, da las entradas y salidas a los artistas. Cuando se abre la puerta que comunica con la escena, para dar paso a los artistas, se perciben los acordes de la orquesta y el ruido de los aplausos. Delante de la citada puerta, dos mesas de café, sillas, y sentados en ellas MICHELIN, COURTOIS, LE CAMÚS y MARTIN conversando con dos artistas. El mozo de café, AUGUSTO, les sirve. Mientras transcurre la representación, entran y salen continuamente de entre bastidores. El segundo apunte, maquinistas, electricistas y demás dependientes del teatro, hablan entre ellos, a veces, y otros hus-

mean el espectáculo entre bastidores. CLARITA entra por el fondo arreglándose el vestido y se dirige hacia el grupo de abonados, LE CAMÚS, COURTOIS, MARTIN y MICHELIN. Los tres primeros vestidos elegantemente; el último con cierto descuido. Se oye el final de un «couplet», luego aplausos. Tercer «couplet» de FLORITA.

CLA. (Deteniéndose junto al camarero y dándole con cariño un achuchón.) ¡Augusto!

AU. Buenas noches, Clarita.

CLA. Tráeme un bock. (Llega hasta el grupo de abonados y les estrecha la mano. Después se sienta al lado de Michelin.)

CAM. Un bock, Augusto.

CANT. Augusto, un ponche.

MAR. Otro para mí.

MICH. Ya estamos reunidos como de costumbre.

CAM. Es el único sitio del villorrio donde se puede pasar la noche.

(Timbre. Acaba de cantar Florita. Aplausos; ésta entra.)

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo!

FLOR. (Se sienta junto a ellos.) ¿He cantado bien esta noche, verdad?

CAM. Como todos los días.

FLOR. (A los demás.) Pues no te has vuelto poco galante desde que te ha despreciado Zazá.

CAM. ¿Cómo despreciado?

FLOR. De la única manera que se desprecia... ¿Crées, acaso, que no lo hemos notado? Y ahora quieres desquitarte conmigo? Muchísimas gracias. (Entran los clowns.)

DUC. (Después de tocar el timbre.), Clowns enseguida.

FLOR. Hoy nos vamos a pasar aquí la vida. Quién sabe hasta que hora ensayaremos.

TODOS. ¿Hay ensayo?

CLA. Sí, después de la función. Se ensaya la revista de Bussy.

MICH. Nos acostaremos con el día.

CLA. O no nos acostaremos.

MICH. ¡Yo sí, caramba! Necesito muchas horas de cama.

CLA. Dormilón.
CAM. ¿Habéis decidido aguardar el ensayo?
COUR. Yo no lo pierdo.
MAR. Ni yo tampoco.
CLA. Aprovecharemos mientras ponen las decoraciones para cenar juntos.
TODOS. Convenido. Buena idea.

ESCENA II

Los mismos ZAZÁ, luego DUBUISSON y MALARDOT

ZA. (Entra con el sombrero puesto y traje de calle. A Rosalía, Puerta I.) ¿Quién está entre bastidores?
ROS. (Entreabriendo la puerta que da al escenario.) Los abonados de siempre. Le Camús, Martin y Michelin.
ZA. ¿No está Bussy?
ROS. No, señorita.
ZA. Ni Dufresne?
ROS. Tampoco.
ZA. (Sale por la puerta X y se dirige a los abonados.) Buenas noches.
TODOS Buenas noches, Zazá.
ZA. ¿Bussy no está aquí? ¿Donde estará, Duclou? (Da la mano a todos excepto a Florita con quien cambia una mirada despreciativa. Luego entra de nuevo en su cuarto.)
DUC. (Junto a la puerta del cuarto de Zazá.) No vayas aprisa. Sobra tiempo; faltan todavía siete números. Ahora Florita ha repetido el suyo.
ZA. ¿Han pedido el bis?
DUC. Sí.
ZA. ¡Qué imbéciles!
DUC. Eres envidiosilla.
ZA. Justa correspondencia.
(Duclou sale del cuarto de Zazá. Durante todas las escenas siguientes hasta la entrada de Bussy, Zazá se quita la ropa de la calle, se peina, se pinta y se viste para la representación.)

FLOR. (Con sorna.) Es raro que nos concedan ustedes tanta audiencia esta noche. ¿Les ha dado permiso Zazá?

ELLOS Por Dios, Florita.

FLOR. ¡Cómo todas las noches tienen ustedes bloqueado su cuarto!

MICH. Si ésta empieza con Zazá hay tela para rato.

FLOR. ¡Cómo cuando tu empiezas con Bussy!

MICH. Bueno!

FLOR. No hay bueno que valga. Bussy es periodista, tú tambien, pero con la diferencia de que Bussy escribe en el mejor periódico y tu escribes, y nadie te contesta.

MICH. ¿Pero te gusta que figure tu nombre en lo que yo escribo?

FLOR. ¡Muchísimo! Especialmente cuando lo pones, despues de una letanía en que llamas a Zazá estrella radiante, espiritual, divina.

MICH. ¡Pero, hija!

FLOR. Déjame en paz: tu, ella y todos. ¡La estrella! ¡La estrella! No hay papel importante más que para ella en la revista de Bussy.

CAM. ¡Qué cosas dices! Si te han encargado cinco números.

FLOR. Sí; cinco números, pero cinco ceros. ¡Lo mejor está reservado para Zazá y su astrónomo!

CUR. ¿Quien es su astrónomo?

FLOR. ¿Quien ha de ser? ¡Cascart que ha descubierto la estrella!

CUR. Tiene gracia.

FLOR. Uno de los principales papeles me iría pintiparado: el de reina del presidio; la parte política de la obra. Los ministros, el Senado, el Congreso, todo va a parar allí. En cuanto leyeron la revista, inmediatamente me hice cargo de lo que se podría hacer...

MICH. ¿En presidio?

FLOR. Cállate, imbecil.

CUR. Ya sé yo lo que harias tú en presidio.

CAM. Trabajos forzados.

MICH. ¿Más que ahora?

FLOR. Déjate de bromas. Pues Bussy ha tenido la desfachatez de decirme que no sabría interpretar el papel y se lo ha dado a Zazá. ¡Qué entiende ella de política!

MICH. ¿Y tú?

FLOR. ¿Yo? Como que estoy en intimidad con el secretario particular de un ministro...

CAM. Y MICH. ¡Ah!

CLA. (Saliendo al encuentro de Dubuisson que aparece.) ¡Dubuisson!

CAM. Florita; otro que llega para saludar a la estrella.

FLOR. Otro estúpido.

CAM. Pero éste un poquito más que nosotros. (Han terminado el trabajo los clowns. Aplausos. Aparece por el foro DUBUISSON, tipo sanguíneo, feo y vulgar. Al verle, las mujeres se dirigen hacia él y le conducen al grupo.)

CLA. Hola, Dubuisson.

FLOR. Adios, Adonis.

DUB. ¿Cómo estáis, sirenas?

FLOR. Muy bien.

CLA. Esta noche viene usted con mucho retraso.

FLOR. Y se ha perdido usted mi canción.

DUB. La conozco de sobra. Hace mucho tiempo que me vienes con canciones. Buenas noches, señores. (Les estrecha la mano, MALARDOT entra por W. Es un tipo corpulento. Lleva una servilleta bajo el brazo y fuma en pipa de grandes dimensiones.)

MAL. (Saludando.) Señores, buenas noches.

DUB. Buenas noches, empresario. ¿Qué tal va el negocio?

MAL. Regular...

DUB. ¿Y el público?

MAL. Numeroso; pero bebe poco y exprime además el ingenio para lograr que un bock dure toda la noche. Parece que los espectadores pertenezcan a la sociedad de la templanza. ¿Con qué creerán que pago yo a mis artistas?

DUB. Hay que buscar el medio de hacerles beber.

MAL. Que Zazá y Cascart les den algo picante.

DUB. ¿Está en su cuarto Zazá?

MAL. Sí, señor. (Dubuisson golpea la puerta del cuarto de Zazá.)

DUC. (A Florita,) ¡Vamos, niña!

(Entra en escena una «Divette». Le Camús señala a Flórita a Dubuisson. Florita se retira por el foro afectando indiferencia.)

ZA. (Sentada en B.) ¿Quién?

ROS. (Entreabriendo la puerta.) El señor Dubuisson.

ZA. ¡Otra vez! Vaya un posma.

DUB. ¿Puedo entrar?

ZA. No. No estoy aún vestida.

DUB. Razón de más.

ZA. ¿Para que usted no entre, verdad?

DUB. Está visto que no quiere usted mostrarse amable conmigo.

ZA. Nunca. Lárguese usted.

DUB. ¿Quiere usted que vuelva?

ZA. Sí; más tarde.

DUB. ¿Puedo mandar champagne?

ZA. Mándelo, pero váyase.

DUB. (Alejándose.) ¡Augusto!

ZA. Ese hombre es mi pesadilla.

ESCENA III

Dichos, LARTIGOU

DUB. ¡Augusto! Trae dos botellas de champagne al cuarto de Zazá. (Se sienta junto a Le Camús.)

CAM. Augusto, un bock.

AUG. En seguida. (Se encuentra con Lartigou. Este acaba de entrar por el fondo, de frac y corbata blanca. Lleva larga cabellera. Tiene la voz cavernosa y hace vibrar con fuerza las erres.)

LAR. Adios, Augusto.

AUG. ¿Y esta noche recitará usted versos como los de ayer?
LAR. Lo de ayer era prosa.
AUG. Lo dijo usted tan bien, que parecía poesía.
LAR. ¡El alma del pueblo: inculta, pero sensible! Tú sientes la belleza, Augusto.
AUG. Sí.
LAR. Pero no la comprendes.
AUG. A mí me entusiasma oirle a usted.
LAR. (Con sonrisa de satisfacción.) Pues si me hubieras visto en D'Artagnan.
AUG. ¿Algo en verso?
LAR. No; en prosa también.
MAL. Buenas noches, Lartigou.
LAR. Saludo respetuosamente...
MAL. ¿Qué recitará usted esta noche?
LAR. Versos.
MAL. ¿Como anoche?
LAR. Lo de anoche no eran versos.
MAL. ¡Ah! Pero da lo mismo porque era tan aburrido como los versos. Con sinceridad, el repertorio de usted...
LAR. Es excelente, señor Malardot.
MAL. Yo le contraté para recitar monólogos.
LAR. ¡Bueno! Recitaré «La huelga», de Coppée; «Las Catacumbas de Roma», de Debille y «La oración fúnebre», de Bossuet.
MAL. ¡Déjese usted de cosas fúnebres!
LAR. Es una obra maestra.
MAL. Lo será, pero no divierte.
LAR. La dignidad de Bossuet y la mía nos impide de ejercer de saltimbanquis.
MAL. Pues los dos han equivocado ustedes la profesión.
LAR. El arte es algo superior.
MAL. ¡El arte!... (Pasa Augusto con algunos bocks en la bandeja. Examina uno.) ¡Augusto! Está visto que Ernesto no quiere comprender la necesidad de saber llenar los bocks. Con la cerveza de cuatro, han de llenarse cinco. (Devuelve el bock a Augusto. Este se aleja. Acaba una cantante su número. Aplausos y bravos.) ¡El arte!...

¿Cree usted que yo no sé lo que es el arte despues de veinticinco años que trabajo en los cafés conciertos? El arte es lo que hace reir y nada más. (Se aleja.)

DUCL. ¿Qué recita usted?

LAR. El monólogo de Ruy Blas. (Entra en escena.)

MAL. (A Duclou.) Cuando salga le propinarán una silba y se acabó el contrato.

DUCL. Bravo.

MAL. Estoy harto de ese mamarracho. (Augusto lleva el champagne al cuarto de Zazá.)

ZA. Esta noche consigo arreglar a gusto mis ojos. Fíjate: el uno parece que mira con recelo al otro... ¿Se marchó Bussy?

ROS. Sí, señora.

ZA. ¿Y el señor Dufresne?

ROS. Aún no ha venido. Siempre llegan juntos.

ZA. Ya lo sé.

ROS. Señor Duclou, ¿ha visto usted al señor Bussy?

DUCL. Aún no.

ZA. No sé que espera. Ha de traerme dos couplets nuevos para su revista. ¿Creerá, quizás, que puedo aprenderlos en un instante?

MAL. Estará en el cuarto de Florita con su amigo Dufresne.

ZA. ¿Se pasa la vida allá ese señor?

MAL. ¿Qué hay? ¿Supongo que no estarás enferma, Zazá?

ZA. No, no estoy enferma, aunque hay motivo para estarlo, teniendo que oir todas las noches las gárgaras a la limón de la señorita Florita.

MAL. ¡Qué lenguaje!

ZA. Es la verdad. Si tiene voz de grillo viudo y tísico.

MAL. ¡Cuidado que sois terribles las mujeres!

ZA. Yo no me meto con nadie, pero cuando me pinchan... Procuro tratar bien a todos, y acepto únicamente los ofrecimientos que

no puedo desechar porque no me gusta deber nada a nadie.

MAL. ¿Y por qué no eres más amable con el señor Dubuisson? Es un hombre muy rico y está dispuesto a hacer locuras si le haces caso. Es preciso que pienses seriamente: te lo digo como persona de experiencia.

ZA. Y por la cuenta que le tiene; porque el señor Dubuisson es su caballo blanco.

MAL. Buen pelo echaría si tuviera que contar con lo que dejan los jóvenes. Además, el señor Dubuisson, no es despreciable; es como la generalidad.

ZA. ¡Un modelo de perfecciones! Por lo mismo no quiero dar a Florita el disgusto de quedarme con su amante... ¡Se necesita estómago para aguantar semejante tipo!

MAL. El te mima y tú le desprecias.

ZA. Y tengo razón al hacerlo; porque no puedo consentir que nadie vaya despotricando contra Cascart haciendo comprender cosas que no son. Debo mucho a Cascart: él me puso en condiciones de hacer carrera buscándome contratas y proporcionándome dinero para comprar mis vestidos. Pues a pesar de ello, nunca ha tenido la menor exigencia, todo lo contrario: su única preocupación ha sido mi porvenir. El vive tranquilamente en su casa y yo en la mía, libre como el aire, recibiendo su visita de vez en cuando... y no aguantaré sigan diciendo de él lo que dicen.

MAL. Déjate de tonterías. Todo el mundo sabe que Cascart es un hombre correcto.

DUCL. (Fuertes silbidos.) ¡La tormenta ha descargado!

LAR. ¡Estúpidos! Acaban de silbar a Víctor Hugo.

MAL. ¡A usted le han silbado! Por lo tanto ya puede usted liar el petate y largarse.

LAR. ¡Es usted un verdugo!

MAL. Pero no estoy en ejercicio desde el momento en que usted vive.

DUCL. Vamos allá, Clarita. (Entra en escena Clarita. Bravos.)

CLAR. (A Michelin.) ¿Vienes a oir mi canción?

MICH. Sí, mi alma; ya sabes que no puedo pasarme sin oirla. (Dubuisson sale después de Lartigou. Aparece por el foro Cascart.)

ESCENA IV

Dichos y CASCART; después ANAIS

CAS. (En traje de calle y fumando, entra en el cuarto de Zazá.) Buenas noches.

ZA. ¡Oh, Cascart, mi Cascart! ¿De dónde vienes amor mío? Cuéntame, cuéntame lo que has hecho durante el día... Supongo que no me habrás engañado.

CAS. ¿Quién piensa en ello? Y tú, ¿qué tal?

ZA. Bien y queriéndote como siempre. Siéntate. ¿Qué novedades hay?

CAS. Pues que he recibido carta del agente y en ella me ofrece un contrato para Marsella.

ZA. ¿Para los dos?

CAS. ¡Claro!

ZA. Así me gusta. Veo que no quieres separarte de mi. Pues yo te pagaré con la misma moneda.

CAS. Sería un disparate separarnos cuando con nuestros dúos alcanzamos tantas ovaciones.

ZA. ¡Y pensar que todo te lo debo a tí! Cuando tú me tendiste la mano cantaba en los peores conciertos, dándome por satisfecha el día que sacaba dos francos de la colecta.

CAS. Que se los bebía tu madre.

ZA. ¡Cállate! No quiero que hables mal de mamá. Ha tenido muchos disgusto durante su vida, y si papá no la hubiese abandonado, otra hubiera sido su manera de vivir.

(Entra Anais.) Yo le perdono muchas cosas porque ha sido muy desgraciada.

CAS. (Levantándose.) Será una razón para tí, pero para mí no lo es. (Dentro tocan un vals al piano.)

ZA. Acabemos... ¡Toma, lee este diario! (Sale Clarita. Anais acaba de entrar por el foro con cierta languidez. Es un tipo bajo, rechoncho, ordinario. Viste traje de forma ridícula y de colores chillones. La cara muy pintada dominando el rojo. Tropieza con Augusto que lleva un ponche en la bandeja.)

AN. (Al camarero.) ¡Hola! ¿Está en escena mi hija?

AUG. Se está vistiendo. ¿Y usted, cómo anda?

AN. No muy bien. Cada vez que voy en tranvía me sofoco. Y ¿qué es eso? (Señala la bandeja.)

AUG. Un ponche.

AN. Me sentará bien. (Toma el ponche y se lo bebe de un tirón. Le devuelve el vaso.) Ponlo en la cuenta de mi hija. (Clarita termina su repetición. Bravos y se repite.)

AUG. A su hija la aplauden mucho... Usted también logró éxitos en sus buenos tiempos;... cuando cantaba la Sensitiva enamorada.

AN. (Suspirando.) ¡Ah!

AUG. Ahora el género es más ligero.

AN. Se acabó la tradición. Mi hija tiene hermosa voz y buena figura, pero que se atreva a hacer algo serio...

ZA. ¿Has leído el artículo de Michelin?

CAS. No.

ZA. Ahí le tienes. (Le muestra el artículo. Cascart lo lee.)

CAS. Podría haber aprovechado la ocasión para dedicarme un elogio cumplido.

ZA. ¿No estás contento de lo que dice?

CAS. «Nuestro excelente Cascart». Esto no significa nada.

AN. Hasta luego. (Se dirige al cuarto de Zazá. A Augusto antes de entrar.) Me traerás un bock a su cuarto.

AUG. Muy bien, señora Anais.

AN. (Entra en el cuarto.) Buenas noches, hijita.

ZA. (Vistiéndose.) ¿Eres tú?

AN. La misma; la mamá de la hermosa Zazá.

ZA. Pues besa a tu Zazá, pero no quites la pintura. (La besa.)

AN. Buenas noches, Rosalía. (Apercibiéndose de Cascart que está leyendo el diario.) ¡Oh! perdone usted, señor Cascart, no había reparado.

CAS. (Levantándose.) ¿Como va, señora Anais?

AN. Así, así... Obligada a causa del catarro a ser maestra en el arte de toser.

CAS. (Con sorna.) ¿Toma usted tisana, mucha tisana, no es cierto? Voy a vestirme. Hasta ahora. (Sale por X.)

AN. (Con dignidad.) Ya empezaba a cargarme lo de la tisana. ¿Qué habrá querido decir?

ZA. Nada; no hagas caso.

AUG. (Entrando.) Ahí tiene usted su bock.

AN. (Toma el bock.) ¡Tisana! ¿Por quien me habrá tomado? (Se sienta en B.)

ZA. Bebe tu bock y deja tranquilo a Cascart.

AN. Ya sé que no puedo tocarle; es cosa sagrada.

ZA. Déjate de pamplinas y recuerda que si no me hubiese protegido, no vivirías tan tranquila con la pensión que te he señalado.

AN. ¿Es un reproche?

ZA. Nada de eso; pero sin Cascart no tendrías pensión.

AN. Pues por mi dignidad de madre, me veo obligada a rehusarla.

ZA. A buena hora sales con la dignidad.

AN. ¿Me insultas?

ZA. No; pero parece que tienes empeño en mortificarme. Acaba de llorar y bésame. Bebe tu bock y dime que es lo qué quieres, porque supongo que no habrás venido sin motivo.

AN. En primer lugar quería verte... y después...

ZA. Habla.

AN. Quería decirte que he de pagar el alquiler del piso.

ZA. Bueno; mandaré su importe al casero.

AN. Debieras dármelo para pagarlo yo misma.

ZA. No caeré en esa tentación. Pobre casero; no vería un cuarto.

AN. ¿Qué pensará de mí la portera?

ZA. Que piense lo que quiera: me tiene sin cuidado. ¿Tienes más que decirme?

AN. Que tengo algunos atrasos.

ZA. Lo esperaba.

AN. Ya sabes que he estado delicada y que el farmacéutico...

ZA. Querrás decir el tabernero.

AN. (Suplicando.) ¡Zazá! ¡Necesito cincuenta francos!

ZA. No cuentes con ellos.

AN. No seas cruel. Te echaré las cartas. (Saca la baraja del bolsillo.)

ZA. Te daré veinte y cinco francos.

AN. ¡Pero hija!

ZA. Lo dicho.

AN. Bueno. Sea como quieras. Hasta mañana. (Vase Z.)

ESCENA V

Dichos SIMONA y DUCLOU

SIM. (Entra por el foro discutiendo con Duclou.) Antes no ponían tantos impedimentos para entrar.

DUCL. (Señalando a Malardot.) Lo ha ordenado el director.

MAL. ¿Qué ocurre?

DUCL. Simona que se queja de que no hayan dejado entrar a su novio.

MAL. Yo he dado la orden.

SIM. ¿Acaso ha hecho algo malo?

MAL. Atreverse a entrar aquí un hortera con solo cien francos al mes. ¿Que creerá que es mi establecimiento? (Señalando a Duboisson.) Ves, ese es un parroquiano. No puede alternar aquí tu novio.

SIM. Pero si apenas sale de su palco.

MAL. Pero tú te pasas la mayor parte de la noche con él, huyendo el bulto a los parroquianos.

SIM. (Llorando.) ¡Pero si yo le quiero!

MAL. Hemos terminado. ¡Esta niña es boba!

(Simona entra en el cuarto de Zazá.)

ZA. ¿Qué te pasa? ¡Tienes los ojos como dos tomates!

SIM. El señor Malardot ha prohibido la entrada a Emilio.

ZA. ¡Oh! No me extraña. ¡Es natural! Si continúas así, mal porvenir te espera. ¡No se vive solamente de amor!

SIM. ¡Pero si yo le quiero!

ZA. ¿Y quién te impide quererle?

SIM. ¡Es que no quiero engañarle!

ZA. No seas tonta. Mira, hija, yo amo a Cascart, y no obstante le entero de todos mis asuntos íntimos. Hay muchas maneras de querer. Pero no hay como ser pegajosa para aburrir a los hombres.

SIM. Emilio no es de esos.

ZA. Tontunas. Todos los hombres son iguales. En cuanto nos ven sumisas, se crecen, gallean y se hacen los desdeñosos. La mejor manera de sujetarlos consiste en amenazarles con un substituto.

DUCL. (Desde la puerta.) ¡Simona, a escena!

SIM. ¡Buena estoy para cantar! (Sale del cuarto para entrar en escena. Rosalía entrega a Zazá dos bouquets y una caja de bombones que acaban de mandar.)

ZA. ¿Quién lo manda?

ROS. (Abriendo los sobres.) El señor Camús y otros abonados. Todos están por la señorita.

ZA. Todos, no. Hay uno que mariposea con las demás y que no me hace caso.

ROS. ¿Se refiere usted al señor Dufresne?

ZA. Parece como que huye de mi.

ROS. Es un hombre muy guapo.

ZA. ¿Muy guapo? ¡Pche! Yo le debo parecer muy fea.

ROS. Si la señorita se hubiese fijado cómo l

mirabà la otra noche, no diría tal cosa.

ZA. ¿Cómo? ¿Me miraba? ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

ROS. La señorita no podía fijarse porque hablaba con el señor Bussy. Yo sí veía cómo se le encandilaban los ojos al señor Dufresne.

ZA. ¿Estás segura?

ROS. Segurísima.

ZA. ¿Pero por qué no lo dijiste?

ROS. Si llego a presumir que podía interesar a la señorita...

ZA. ¡Qué boba! Cuando un hombre mira como tú has dicho, ha de interesar forzosamente.

ESCENA VI

Dichos; BUSSY, que llega, dirigiéndose al cuarto de Zazá, llamando a su puerta. Simona termina su número. Bravos y aplausos.

ZA. (Con alegría.) ¡Adelante! ¡Ah, Bussy! ¡Mi querido autor!

BUS. ¡Hola! Por lo visto estás de buen humor.

ZA. ¿Acaso no lo estoy siempre?

BUS. Hoy pareces más alegre que de costumbre.

ZA. Raro fuera que no hubieses soltado una impertinencia.

BUS. ¿Estás, quizá, enamorada de mí?

ZA. ¡Te juro que no! Puedo estar enamorada, pero de tí, no, hijo mío. (Dirígese a la puerta mirando hacia fuera.)

BUS. ¡Tanto peor! ¿A quién buscas?

ZA. ¿Has venido solo?

BUS. Sí.

ZA. (Contrariada.) ¡Ah!

BUS. ¿Por qué lo preguntas?

ZA. Por nada.

BUS. He traído el nuevo dúo para que lo cantéis con Cascart.

ZA. ¡Ah!

BUS. Estoy contento de él. Creo que gustará...
ZA. ¡Ah!
BUS. ¿Qué te pasa?
ZA. Nada. ¿Qué quieres que me pase?
BUS. No sé: noto en ti algo raro.
ZA. ¡Ca! ¿Dices que has traído el dúo? ¿Es serio?
BUS. Cómico, y con bastante pimienta.
ZA. ¿Será más divertido que el anterior?
BUS. ¿Eh?
ZA. Sí, hijo; con franqueza, aquello era muy soso.
BUS. Muchas gracias.
ZA. Veamos éste.
BUS. Hace un momento acabo de leérselo a Dufresne.
ZA. (Sorprendida.) ¿Estaba contigo?
BUS. Sí. Hemos comido juntos.
ZA. ¿Cómo no ha venido?
BUS. Si está aquí.
ZA. ¿Aquí?
BUS. Sí.
ZA. ¿Pues, por qué no lo has dicho?
BUS. ¿Pero a ti qué te importa?
ZA. (Disimulando.) ¡A mí, nada! Pero al llegar dices: «he venido solo», y luego...
BUS. Pero...
ZA. No, si tienes razón... Si a mí nada me importa... Sólo que como habías dicho... Pero... veamos esos versos, simpático autor... Veamos... Serán hermosísimos, ¿eh?
BUS. A Dufresne le han parecido muy bien... Hace un momento los recitaba en el cuarto de Florita.
ZA. ¿Está todavía allí?
BUS. Sí.
ZA. Tu amigo debe ser aficionado a la pintura ¿Está enamorado de ella?
BUS. ¿Enamorado? ¡Bah! ¡qué sé yo!
ZA. ¿Sois muy amigos tú y Dufresne?
BUS. Me presentaron a él hace tres semanas. Sé que vive en París; que viaja mucho po

negocios. Es alegre, educado. Cenamos juntos de vez en cuando; y no sé más de él, ni me importa.

ZA. Sí; por lo visto sólo sabes que se pasa las veladas en el cuarto de Florita.

BUS. ¿Preferirías que las pasase en el tuyo?

ZA. ¡Estúpido! ¿Crees tú que una mujer como yo puede *chiflarse* por ese señorito?

BUS. No serías la primera.

ZA. Pues por ahora no me interesa, porqué sólo quiero a Cascart.

BUS. Y a diario le engañas.

ZA. ¿A ti que te importa?

BUS. A mí, nada. En definitiva no deja de ser agradable... para los demás...

ZA. Los demás me tienen muy sin cuidado. Y en cuanto a tu amigo, si le quisiera, pronto caería en mis redes.

BUS. No es cosa tan fácil...

ZA. ¿Quieres apostar algo?

BUS. ¿Y si no te hace caso?

ZA. Sería el primero...

BUS. Bueno, ¿quieres que veamos ese dúo?

ZA. No; tráelo, lo leeré luego a solas... ¿Pero no contestas? ¿No quieres apostar?

BUS. Sí, mujer. Apostaremos lo que él rehuse.

ZA. Convenido.

ESCENA VII

Dichos; CASCART, luego DUFRESNE y FLORITA. Cascart entra dispuesto para cantar, vestido de frác y calzón de seda corto. Se junta al grupo de abonados, y después hablando, se dirige al cuarto de Zazá con Le Camús, Martin y Courtois. Entran en el cuarto.

CAS. Zazá.

ZA. Estoy pronta. ¿Salimos en seguida?

CAS. Aun no... Buenas noches, Bussy.

ZA. Adelante, señores.

Cam. ¿Estorbamos?

Za. De ningún modo... Me ayudarán ustedes a vaciar una botella de champagne... Sirve tú, Cascart. *(Cascart sirve el champagne.)*

Todos ¡A la salud de Zazá!

Cas. *(Mirando hacia fuera.)* ¡Calle! Está allí Dubuisson.

Za. ¡Oh! ¡Ese no!

Cas. ¿Por qué? Pobre Dubuisson.

Za. Ocupa mucho espacio.

Cas. ¡Eh! ¡Dubuisson!

Za. ¿No te he dicho que no quiero?

Cas. ¡No seas ridícula! *(A Dubuisson.)* Acérquese usted.

Dub. *(Entrando.)* ¡Qué concurrido está el cuarto de Zazá!

Za. Puede usted entrar.

Cas. Adentro, que sólo usted faltaba.

Dub. Muchas gracias.

Cas. ¿Una copita de champagne?

Dub. No acostumbro.

Cas. No puede usted rehusarla. A la salud de Zazá. *(Termina Florita su número.)*

Ducl. *(Asomándose.)* Silencio. *(Entra Florita en escena.)*

Cas. Si no se oye una mosca.

Za. *(Aludiendo a Florita.)* Ni una cigarra.

Cas. ¡Ahí tienes a tu amigo!

Bus. ¿Dufresne?

Mich. Sí, con Florita...

Za. Naturalmente.

Bus. *(Llamándole.)* ¡Dufresne!

Duf. ¿Qué hay?

Bus. Acérquese usted.

Duf. ¿Qué se ofrece?

Flor. *(A Bussy.)* Muchas gracias, Bussy. ¿Quiere usted dejarme sola?

Bus. Vente con él.

Flor. Muchas gracias. Puede irse, si le parece más divertido estar con ustedes... Podrá hacer muchas relaciones.

Za. *(Desde lejos a Florita.)* Muchas más que estando contigo.

FOLR. Si te hacen falta hombres, dímelo, que te mandaré al bombero de guardia.

ZA. Puedes aprovecharlo para que te refresque la sangre.

FLOR. ¡Sinvergüenza!

(Zazá sale de su cuarto y se dirige hacia Florita. Ambas se cogen, siendo separadas por los que se hallan en escena. Escándalo y gritos.)

ZA. ¿Qué ha dicho?

FLOR. Que te arrancaré la lengua.

UNOS ¡Florita!

OTROS ¡Zazá!

DUCL. Que se oye desde fuera.

MAL. Basta de escándalo.

DUCL. Zazá y Cascart, preparados.

CAS. ¡A escena!

ZA. ¡Si se habrá creído que la tengo miedo! (Se mira al espejo, arreglándose el vestido. Cascart la coge por el brazo.)

CAS. Vamos; pronto. ¡A escena! (Entran a escena Y.)

MAL. ¡Demonio de mujeres!

CAM. ¿Vamos a oir el dúo?

MICH. Vamos. (Salen Michelin, Courtois, Martin, Malardot por el foro, llevándose a Florita cogida del brazo. Un momento después aparece de nuevo Bussy, quien coge del brazo a Dufresne. Ambos pasean.)

BUS. Tengo que contarle a usted una escena muy graciosa.

DUF. ¿Qué es ello?

BUS. Se trata de usted, afortunado conquistador.

DUF. ¿Cómo?

BUS. Nuestra estrella... la encantadora Zazá...

DUF. ¿Qué?

BUS. ¿No le gusta a usted, verdad?

DUF. ¿Zazá? Me parece deliciosa y la más sugestiva de cuantas andan por ahí. Es la única capaz de interesarme.

BUS. La única a quien no ha dirigido usted la palabra.

DUF. Precisamente porque me gusta la creo peligrosa.

Bus. ¿Bromea usted?

Duf. Amigo mío, hablo con toda sinceridad. No quiero presumir de despreocupado: todo lo contrario. Las mujeres son mi única debilidad; no sé resistirlas ni librarme de ellas. Por ahora soy dueño de mi mismo, y teniendo en cuenta mi carácter, vivo precavido.

Bus. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Duf. Puede usted reir cuanto quiera, pero en semejantes asuntos nunca se peca por exceso de prudencia...

Bus. Es que no me parece usted muy prudente.

Duf. ¿Porque frecuento centros como éste?

Bus. Claro.

Duf. Pues ahí, precisamente, está el error de usted... Voy detrás de esas mujeres, porque son un juguete que se toma hoy y se puede dejar mañana. Por pura prudencia cambio lo más a menudo posible, y las que más me gustan procuro soltarlas cuanto antes.

Bus. ¡Vaya una teoría!

Duf. ¿No es lógica, acaso? Me gusta divertirme, pero huyo de las tonterías. Mi situación no me permite otra cosa.

Bus. ¿Los negocios?

Duf. Eso es.

Bus. ¿En este caso... Zazá?...

Duf. Es demasiado peligrosa.

Bus. ¿Y por qué le parece a usted peligrosa?

Duf. Hombre, no sabría cómo explicárselo a usted. Siento el peligro por instinto... no sé cómo decirlo, porque no soy psicólogo. Cuando la miro, siento algo asi como un cosquilleo, una vibración de la carne que me incita a estrecharla muy fuerte entre mis brazos, ahogándola a besos... Tiene algo que tienta y asusta. Créame usted, es peligrosa, muy peligrosa... Es una de aquellas mujeres que no es hermosa, pero que es adorable. Creo que si un dia habla-

se con ella, ya no hallaría forma para separarme de su lado. Es lo del borracho que tiene delante una botella y que en cuanto cata el primer trago la apura hasta el fin...

BUS. Permita usted que le confiese que se me antoja muy inocente cuanto dice...

DUF. ¿Qué quiere usted? Soy así y me conozco. El champagne me gusta, pero me lo he prohibido, y me contento con el vino mezclado con agua. Es más saludable. Zazá es un vinillo que pronto se me subiría a la cabeza.

BUS. ¿En este caso, no es probable que se dirija usted a ella?

DUF. ¡Libreme Dios! ¿Pero, por qué lo pregunta usted?

BUS. Se trata de una apuesta.

DUF. ¿Una apuesta?

BUS. Dicen que Zazá está algo chiflada por usted.

DUF. ¡Eh!

BUS. Es natural... Usted no la hace caso, y esto basta para enamorar a una mujer.

DUF. (Riendo.) No está mal observado.

BUS. Hace poco rato la hice notar que usted no se ocupaba de ella y contestó que en cuanto se le antojase le tendría a usted a sus pies... De ahí la apuesta... Imagine ahora lo que va a hacer para salirse con la suya.

DUF. Doy a usted gracias de estas noticias.

BUS. No obstante, siéndole a usted indiferente...

DUF. Sí, pero como se trata de una mujer deliciosa...

BUS. ¡Adiós mi dinero! ¡Ya perdí la apuesta!

DUF. ¡Oh, no!... ¡Enamorada! ¡Una mujer como Zazá!... El diablo cargue con ella, y con usted.

BUS. Después de todo, está en su mano...

DUF. O en la de ella.

BUS. ¡Bah, parece usted un niño!

(Zazá y Cascart entran después de terminado su núme-

ro; pero vuelven a salir a escena llamados por el público, oyéndose palmadas y bravos. Ha terminado la representación.)

CAM. MICH. MART. ¡Bravo! ¡Bravo!

CAS. ¿Está todo?

MAL. Pronto estará para empezar el ensayo.

DUCL. Cuidado, señores... Cuidado.

CAS. Voy a desnudarme.

DUCL. Despache usted pronto.

MAL. (A Bussy.) ¿Te aguardo, eh?

BUS. Voy en seguida.

MICH. ¿Vámonos? (Sale con Clarita, Le Camús, Courtois y Martin.)

BUS. Oye, Zazá. ¿Estudiarás el dúo mientras cambian la decoración?

ZA. Sí... Con que me lo leas un par de veces...

BUS. Es que no puedo ahora. Me he comprometido con Clarita. Dufresne podrá substituirme...

ZA. (A Dufresne.) Si fuese usted tan amable...

DUF. No sé si sabré...

ZA. Es muy fácil. Lee usted el manuscrito, y en cuanto me detenga, me apunta los versos que siguen.

BUS. No tiene ninguna dificultad.

DUF. En tal caso, estoy a sus órdenes.

ZA. Muchas gracias. Se lo agradezco a usted muchísimo.

BUS. (A Dufresne.) Y esté usted tranquilo, que no diré una palabra a la otra.

DUF. Sabe usted que me es igual.

ZA. (A Rosalía.) Tú, lárgate, y no vuelvas aunque te llame... (Rosalía sale por Z y Bussy por el fondo. Dufresne seguido de Zazá entra en su cuarto.)

ESCENA VIII

ZAZÁ, DUFRESNE, en el cuarto. MALARDOT, DUCLOU y los maquinistas, en la escena.

(Esta escena consiste en una serie de tentativas de Zazá para lograr un beso de Dufresne. En cada tentativa frustrada ha de verse el despecho.)

ZA. Pase usted. ¿Le molesto, verdad?

DUF. De ningún modo. Sólo temo... Se trata de un debut...

ZA. ¿De veras?

DUF. Sí.

ZA. Me extraña, porque todas las artistas piden con frecuencia a sus adoradores semejantes servicios... y como supongo que usted habrá cultivado la amistad de algunas...

DUF. Es natural.

ZA. Ya suponía yo.

DUF. ¿Por qué lo suponía? (Se sienta A.)

ZA. (Con un pie apoyado en la silla E. Acercándose a Dufresne.) ¡Oh! Eso se conoce en seguida. ¡Un hombre como usted!... Hay hombres que adoran a las mujeres y otros que son adorados por ellas. ¡Usted debe ser de los segundos!

DUF. ¿Lo cree usted así?

ZA. Estoy segura. (Deja la silla y se coloca frente al espejo soltando sus cabellos. Primera tentativa y primera decepción. Pausa.) Dígame usted: ¿quiere mucho a Florita?

DUF. ¡Oh!

ZA. Es indiscreta la pregunta, ¿eh? Pero me interesa... ¿Le gusta poco o mucho?

DUF. Me parece agradable.

ZA. ¿No es su tipo, verdad? Tanto mejor.

DUF. ¿Por qué?

ZA. Porque su tipo es completamente opuesto al mío.

DUF. Si he de decir verdad, no tengo tipo predilecto.

ZA. ¿No?

DUF. No. Encuentro atractivos en las rubias como en las morenas; en las de ojos dulces como en las de mirada ardiente.

ZA. ¡Ya! Le gusta la variedad.

DUF. Justamente.

ZA. Las comparaciones...

DUF. Ni más ni menos.

ZA. ¡Mejor que mejor! De este modo puede us

ted alimentar las esperanzas de cualquiera.

DUF. Según.

ZA. No pensará usted en casarse, ¿verdad?

DUF. ¿Casarme?

ZA. ¿O es que piensa usted en ello?

DUF. Ni en sueños.

ZA. (Se sienta en E. de espaldas a Dufresne.) Yo no me parezco a usted. Yo me he forjado un tipo de hombre que prefiero a todos los demás.

DUF. ¿Qué tipo es ese?

ZA. No. No quiero decírselo.

DUF. ¿Por qué?

ZA. No sé... No sabría. (Segunda tentativa. Dufresne se resiste.) Además, no parece que tenga usted gran interés en saberlo.

DUF. ¡Oh!

ZA. Y no importándole, ¿a qué decirlo?

DUF. ¿No quiere usted pasar los versos?

ZA. (Impaciente.) ¡Ah! Sí... Sí... Tome usted. Pero no voy a ensayar con este traje... Me permite usted, ¿eh? Al momento estaré. Moléstese usted un instante más.

DUF. No es molestia.

ZA. (Llamando.) ¡Rosalía! ¡Rosalía! Esa es capaz de no volver... Tendré que desnudarme sola. (Dufresne se vuelve de espaldas haciéndose el distraído. Zazá empieza a desabrocharse el corpiño.) No será una novedad para usted, estando acostumbrado a visitar a las artistas en sus cuartos. No puedo desabrochar este corchete... ¡Y Rosalía no vuelve!

DUF. Iré a buscarla.

ZA. (Vivamente.) No. No vale la pena. ¿Está usted impaciente?

DUF. No, no tengo prisa.

ZA. Si fuese usted tan amable...

DUF. ¿Qué?

ZA. Si quisiese usted ayudarme...

DUF. ¿A desabrochar este corchete?

ZA. Sí.

DUF. (Con calma.) ¡Ya lo creo!

ZA. Dispénseme usted.

DUF. Seré, quizá, algo torpe.

ZA. No es trabajo difícil. Y no será, seguramente, la primera vez.

DUF. Sí...

ZA. Empiece usted por el más alto. Hay un corchete primero. Eso es.

DUF. Soy muy torpe.

ZA. Todo lo contrario. Se porta usted como un maestro. Parece que está usted acostumbrado a ello. Ayudar a una mujer a quien se ame debe ser muy agradable... Si yo fuese hombre, gozaría mucho en ello.

DUF. (Con frialdad.) Sí...

ZA. He dicho con una mujer a quien se ame. (Tercera tentativa.)

DUF. Naturalmente. ¡Ay! ¡Ya me he pinchado!

ZA. ¿Y se ha hecho mucho daño?

DUF. ¡Oh! ¡No!

ZA. Todas mis faldas huelen a violeta. ¿No le gusta a usted ese perfume?

DUF. Sí.

ZA. ¿Qué perfume le gusta a usted más?

DUF. El Ylang-Ylang.

ZA. Hay aquí. (Toma un pulverizador.) Deme usted el pañuelo.

DUF. Muchas gracias. (Perfuma el pañuelo de Dufresne y se lo devuelve. Luego se perfuma ella, especialmente el escote y las manos.)

ZA. La elección de perfume es para mí una cuestión importantísima... Creo, por ejemplo, que un hombre enamorado puede abandonar a una mujer si usa un perfume desagradable. ¿Dónde está mi bata?

DUF. Aquí está.

ZA. (Se la pone. Despechada.) Gracias. Empecemos á trabajar. He aquí el papel. (Dufresne se sienta B.) Tienen mucha gracia los versos de mi amigo... ¡Ah, es singular!

DUF. ¿Qué?

ZA. Sus cabellos tienen reflejos dorados.

DUF. Mejor diría usted plateados.

ZA. Oh, no; no tiene usted canas. Sí... Aquí

hay una. No sientan mal algunos cabellos blancos en una cabeza de hombre. Le dan cierto aire de haber gozado del mundo y de la juventud... Eso nos agrada a las mujeres.

DUF. ¡Ah!

ZA. (Sonriendo.) ¡Pero qué loca soy! Me divertía despeinándole, y acaso le incomodo.

DUF. De ninguna manera.

ZA. Le es a usted igual también. Tiene usted un lunar en el cuello.

DUF. Sí.

ZA. Yo también; pero más hacia la oreja. Mire usted. (Extiende el cuello hasta tocarle casi los labios. Dufresne se retira.)

DUF. (Con frialdad.) Sí.

ZA. Parece que no le interesa a usted mucho. ¿Se aburre usted?

DUF. ¡Oh, no!

ZA. Le es igual. Todo le es igual. (Acercándose mucho y apoyándose en la misma silla en que está él sentado.) Y no obstante, juraría que es usted un hombre apasionado cuando ama de veras.

(Un avisador atraviesa la escena sonando una campanilla.)

DUF. Llaman para el ensayo.

ZA. (Con gran despecho.) Sí, llaman.

DUF. ¿Y el dúo?

ZA. (Furiosa.) ¿El dúo? Lo sé de memoria.

DUCL. (Llamando a la puerta.) ¡Zazá!

ZA. Me llaman. Muchas gracias por su amabilidad. No quiero molestarle más. (Dufresne sale.)

ESCENA IX

ZAZÁ, FLORITA, CLARITA, CASCART, MICHELIN, BUSSY, LE CAMÚS, COURTOIS, MARTIN. Aparecen todos para el ensayo. MALARDOT y BUSSY se dirigen al cuarto de Zazá, del cual acaba de abrir la puerta DUCLOU.

DUCL. Vamos a empezar, Zazá.

ZA. Ya lo sé. ¿Crees que soy sorda? Hace una hora que le estás dando al cencerro.

MAL. ¡Cómo! ¿Todavía no estás vestida?

ZA. No, no, no. Aun no estoy vestida.

MAL. No será por falta de tiempo.

ZA. ¿Tenía que vestirme sola? ¿Dónde está mi camarera?

MAL. (Gritando.) ¡Duclou!

DUCL. (Corriendo.) ¿Mande usted?

MAL. ¡Cómo! ¿No está aquí la camarera?

DUCL. (Corriendo.) ¡Rosalía! ¡Rosalía!

BUS. (A Zazá.) ¿Sabes ya los couplets?

ZA. ¡No, no!

BUS. ¿Cómo?

ZA. No, no los sé. No puedo aprenderlos. Son muy malos tus versos.

BUS. ¿Malos?

ZA. Sí; lo mismo que toda la revista. Nos van a silbar a todos, y yo me alegro.

DUCL. (Aparece con Rosalía.) Ya pareció la camarera.

MAL. (A Zazá.) Ahí la tienes.

ZA. (A Rosalía.) ¡Ah! ¡Por fin! ¿Dónde demonios te has metido?

ROS. Pero...

ZA. ¿Pero qué? Habla, responde.

ROS. Como usted me dijo: Vete y no vuelvas...

ZA. (Furiosa.) ¿Yo?

ROS. Sí, usted.

ZA. Mentira. Yo no he dicho semejante cosa.

ROS. Cuando el señor Dufresne...

ZA. (Exasperada.) Repito que es mentira... Y ¡ea! ¡que no me visto!

MAL. Pero...

BUS. ¿Vas a ensayar con bata?

ZA. Sí... sí. Y si me apuráis mucho no ensayo de ninguna manera. ¿Creéis que es posible trabajar así?

(Malardot y Bussy cambian una mirada temerosa.)

DUCL. (A Malardot.) ¿Se puede ensayar?

MAL. Sí, sí; empecemos.

BUS. Es mejor dejarla.

MAL. ¡Valiente muñeca! (A Duclou.) Que no falte

en sus entradas. (Malardot, Bussy y los abonados, salen.)

DUCL. Preparados. (Da los tres golpes en el suelo.) Silencio entre bastidores. (A los del telar.) ¡Arriba! ¡Cascart, fuera!

(Cascart representa que entra en escena con otros artistas. Zazá, que ha salido de su cuarto, se sienta en una silla, repasando su papel. Dufresne, que la ha seguido, queda a pocos pasos de ella.)

DUCL. ¡Zazá!

ZA. ¿Qué quieres?

DUCL. No puedo prevenirte, porque he de estar en la otra caja. ¿Te acordarás de tu entrada?

ZA. Sí, vé.

DUCL. ¿No faltes, eh? Cuando Cascart dice: ¿Quién podrá conducirme? Tú entras y dices: ¡Yo! (Se dirige Duclou corriendo hacia el otro lado. Pausa, Dufresne se acerca a Zazá.)

DUF. ¿No quiere usted que le pase el papel?

ZA. (Secamente.) No; gracias. (Zazá no ha levantado los ojos del papel. Después de un momento de vacilación la abraza y le da un beso en el cuello. Zazá se levanta y le coge por el brazo.) ¡Ah! ¡Por fin!

DUF. ¿Es demasiado tarde?

ZA. ¡No, no!

CAS. (Desde fuera.) ¿Quién podrá conducirme?

ZA. Vaya una manera de sorprender. (Llevándose la mano al cuello. Se ve desde el otro lado a Duclou haciendo gestos.)

DUCL. (A media voz.) ¡Zazá! ¡Psit!...

ZA. (Cogida del brazo de Dufresne.) Te has divertido haciéndome rabiar.

DUCL. ¡Zazá!

BUS. (Desde fuera.) ¡Zazá!

CAS. (Aparece buscando a Zazá.) ¡Cuando gustes, Zazá! Que has faltado a la entrada.

ZA. ¿Bueno, y qué?

CAS. ¡Que me has dejado sin saber qué decir!

ZA. Bueno. Has de saber que ya estoy cansada de que me habléis todos en este tono.

CAS. (A Duclou.) ¿Qué le pasa?

ZA. Ahora voy.
CAS. (Desde fuera.) ¿Quién podrá conducirme?
ZA. (Sonriendo a Dufresne.) Vas a oirme.
CAS. (Desde fuera.) ¿Quién podrá conducirme?
ZA. (Corriendo a escena.) ¡Yo!

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Salón modesto en casa de Zazá, con muebles alquilados. En una mesa dos cubiertos. Una ventana en el fondo y dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ZAZÁ, DUFRESNE y ROSALÍA.

(Al levantarse el telón Zazá y Dufresne están juntos terminando el almuerzo.)

ZA. De modo que es cosa decidida. ¿Vas a emprender un largo viaje?

DUF. Es necesario; hace tanto tiempo que lo tengo proyectado.

ZA. ¿Y durará mucho?

DUF. No sé. Según se presenten los negocios... Tres meses... quizá cuatro.

ZA. ¡Cuatro meses sin verte!

DUF. ¡Claro! ¡Un viaje a América!

ZA. Y pensar que cuando estás ausente cuatro días estoy como cuerpo sin alma: ¡Cuatro meses! Está muy lejos América, ¿verdad?

DUF. Muy lejos.

ZA. ¿Más lejos que Bruselas?

DUF. ¡Ya lo creo!

ZA. El sitio más lejano que yo conozco, es Bruselas.

DUF. Pues mucho más lejos.

ZA. (Se dirige a Dufresne. Pausa.) ¿Y hay mujeres en

ese país? (Reflexionando.) Siendo tan lejos serán todas negras.

DUF. No.

ZA. ¿Amarillas?

DUF. No.

ZA. (Con inquietud.) ¿Serán mujeres como las de aquí? ¿Guapas?

DUF. Guapas y feas.

ZA. (Tomando lumbre del cigarro de Dufresne.) ¡Cuatro meses! ¡Yo me consumiré durante ese tiempo! (Pausa.) ¿No puedes llevarme contigo?

DUF. No... Imposible.

ZA. ¿Por qué?

DUF. El viaje es muy caro. Hay que cruzar el mar.

ZA. Me es igual... yendo en un buque. No quieres llevarme nunca contigo.

DUF. ¿Cómo?

ZA. Constantemente vas a París y pasas allí semanas enteras...

DUF. Claro; como que allí vivo.

ZA. También podría yo vivir en París.

DUF. (Inquieto.) Vaya un capricho.

ZA. ¿Qué tendría de particular? Podría contratarme en el Alcázar o en otro café-concierto.

DUF. En París no podría casi estar contigo; tengo allí muchos negocios que me impedirían verte con frecuencia.

ZA. (Levantando la espalda.) ¿Negocios? No tendrás negocios por la noche. Además, no te he pedido que me lleves constantemente a tu lado: me hubiera contentado con pasar solamente dos días juntos en París, y no he podido conseguirlo nunca.

DUF. Sé razonable.

ZA. ¡Qué cosas tienes! Si fuese razonable no estaría enamorada. En cambio tú razonas por los dos. Si me amases como yo te amo... ¡Ya te detesto! Pero al menos dime que no es para marcharte con otra mujer, por lo que no quieres llevarme a América.

DUF. No digas tonterías.

ZA. Y tú procura no hacerlas. Soy celosa, y si llegas a engañarme te juro que no tendréis reposo ni tú ni ella. ¡Te quiero tanto, y soy tan dichosa!

DUF. Pues, ¿por qué te quejas?

ZA. Si no me quejo. Sólo temo perderte. Te quiero tanto, tanto... Yo no podía comprender que una mujer enloqueciese por un hombre, y a las mujeres enamoradas las llamaba bobas, cuando la verdadera boba era yo. ¿Recuerdas? La semana próxima cumplen seis meses que vivimos gozando de nuestro amor. Seis meses de felicidad... especialmente los tres primeros.

DUF. ¿Por qué los tres primeros meses más que los otros?

ZA. Porque durante los mismos no se había presentado lo del viaje a América. Entonces sólo me abandonabas para ir a París, regresando pronto y siempre más enamorado. Nunca me hablaste de que debieras irte tan lejos, cuando de pronto mi señor Bernardo llega con el notición de su gran viaje a América... Y de que debe partir dentro de una semana.

DUF. Y no he marchado aún.

ZA. Claro; como que estás aquí. Pero cada ocho días vuelta con el maldito viaje que me tiene loca.

DUF. Es preciso, hija mía. Yo no soy rico y es necesario que trabaje. Hay obligaciones en la vida que deben cumplirse. El viaje debo realizarlo tarde o temprano. Pude retrasarlo hasta ahora, pero esto no puede prolongarse hasta lo infinito. ¿Acaso hubieras preferido verme marchar hace tres meses?

ZA. De ningún modo.

DUF. He hecho cuanto he podido, pero ya es necesario que me decida.

ZA. (Se levanta y apoya una rodilla en la chaise-longue.

¿Qué será de mí cuando te vayas? ¡Dime que has de quererme siempre!

DUF. Claro que sí.

ZA. ¿Como ahora?

DUF. ¡Más, si cabe!

ZA. ¿Me escribirás a menudo?

DUF. Sí.

ZA. (Se sienta.) Pero yo no podré contestarte.

DUF. ¿Por qué?

ZA. Porque desgraciadamente soy tan rica en amor como pobre en ortografía, y no quisiera que te burlases de mí. ¡Y estando tan lejos! Tú no has visto letra mía aun. Mi escritura es como una escalera: sube y baja... y no es cosa que pueda halagar a un hombre. ¿Qué quieres? Mi educación le costó poco a mi madre. Cuando te escribiese: «Amor mío, te amo, soy muy desgraciada, todas las lágrimas de mis ojosson para ti», tu reirías de todos aquellos garabatos.

DUF. ¡Qué tonta eres!

ZA. ¿Recuerdas, Bernardo, la noche del ensayo de la Revista?

DUF. Ya lo creo.

ZA. ¿Y el primer beso que allí me diste, aquí en el cuello?

DUF. Sí.

ZA. Lo siento aún. Si aquel día alguien me hubiera dicho que seis meses después estaría de esta suerte en tus brazos, qué dichosa hubiera sido... No me atrevía a esperarlo, no podía creerlo. Siempre que te marchabas me decía: ¿Volverá? Has vuelto, y al quedarte a mi lado he comprendido que me amabas y no podías pasarte sin mí. ¿Me quieres mucho, verdad?

DUF. Como a nadie en este mundo.

ZA. Pero te marchas al otro... a América. ¿Y cuando vuelvas dentro de cuatro meses, me amarás aún? Si; ¿no es cierto? No podría vivir sin ti. No, no; no podría; no podría.

DUF. (Le abraza y se levanta.) Pues es necesario que vivas sin mí.

ZA. (Espantada.) ¿Como?

DUF. Por dos días: salgo para París ahora mismo.

ZA. (Triste.) Y cuando regreses será para decirme que te vas a América.

DUF. Quizá, pero no inmediatamente.

ZA. (Con viveza.) Decías...

DUF. Que no sé si podré retardar un poco la marcha

ZA. (Celosa.) ¡Ah! Cállate. (Se levanta y le abraza, sentándose en la mesa.)

DUF. Sí, sí, te lo prometo. Procuraré marchar lo más tarde posible.

ZA. Qué bueno eres. Cuánto te quiero. (Le abraza.)

DUF. Ahora deja que me vaya. No dispongo más que de media hora y he de recoger la maleta en el hotel.

ZA. (Llamando.) ¡Rosalía! (Entra Rosalía.) El gabán del señor Dufresne. (A Dufresne.) ¿Cuándo volverás?

DUF. Pasado mañana. Ya te pondré telegrama.

ZA. (Rosalía entra con el abrigo.) Toma. (A Rosalía.) ¿Lo has cepillado? (Le ayuda a ponerse el abrigo.) Ahí están los guantes y el sombrero.

DUF. Gracias.

ZA. ¿Olvidas algo?

DUF. No.

ZA. Oye. Luego iré a la estación a despedirte. ¿Quieres?

DUF. Sí.

ZA. ¿No me abrazas antes de marcharte? En la estación en presencia de todos no está bien. (Suena la campanilla y Rosalia sale de la puerta 2.)

DUF. ¡Adiós, hermosa! ¿Pensarás mucho en mí, verdad?

ROS. La señorita Simona pregunta por usted.

ZA. Entra, chiquilla, entra. (A Dufresne.) Hasta ahora. (Sale Dufresne por la puerta Z.)

ESCENA II

ZAZÁ y SIMONA. Inmediatamente después de haber salido Dufresne, Zazá se dirige a la ventana, la abre y mira.

ZA. Se va, se va a París. ¿Permites, eh? Soy contigo en seguida. Cuántas veces sale, he de ver como se aleja. ¿Qué andar tan marcial, verdad? Me gusta un hombre de buenos andares; el paso firme, la cabeza levantada y el cuerpo erguido. Se ve que es todo un hombre. Mira, ahora vuelve la cabeza para verme. (Le echa besos.) Nunca deja de hacerlo, porque sabe que estoy aquí. Y después, vuelve la esquina... (Suspirando.) y se acabó. (Abandona la ventana, coge el corpiño y los zapatos y se calza mientras habla.) Bueno; siéntate aqui, rica. ¿Me permitirás que me vista? Debo ir a despedirle a la estación: mientras, puedes hablar cuanto quieras. ¿Y tú, cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Hace un siglo que no te veo. ¿Qué te trae aquí?

SIM. ¡Oh! Sufro mucho, señora Zazá.

ZA. (Poniéndose los zapatos.) ¿Sufrimiento, eh? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dejado tu Emilio?

SIM. ¡Oh, no! Todo lo contrario.

ZA. ¿Te quiere mucho?

SIM. Ya lo creo.

ZA. ¿Y tú, le quieres?

SIM. Con toda el alma.

ZA. Siendo así, ¿qué te preocupa?

SIM. Lo que usted sabe... que abandoné el café concierto.

ZA. Has hecho bien. Una joven agraciada como tú no debía estar con ese Malardot. Su casa no es un café-concierto, sino un almacen de gallos. No te convenía.

SIM. Ahora estoy con Emilio.

ZA. ¿Juntos?
SIM. Tenemos un pisito.
ZA. ¿Y tu cuidas de la casa?
SIM. Y guiso.
ZA. ¿Eres feliz?
SIM. ¿Usted cree que no he obrado mal?
ZA. ¡De ninguna manera! En la vida no hay nada tan hermoso como vivir con el hombre a quien se ama.
SIM. Sí; pero al menos hay que tener de qué vivir.
ZA. ¡Ah!
SIM. Emilio dispone únicamente de ochocientos francos al año y de un apetito excelente. En lo último le imito muy bien.
ZA. ¡Oh! El amor es un gran aperitivo.
SIM. Ya comprenderá usted que yo no podía estar ociosa. He vuelto a ejercer de costurera y trabajo cuanto puedo. ¡Algunos días gano franco y medio! Pero no siempre se presenta ocasión para tanto... y dentro de poco, menos.
ZA. ¿Y por qué?
SIM. (Conteniendo las lágrimas.) Por la situación en que me hallo, que me hará perder parroquianos... Cuando no pueda ocultar...
ZA. (Sentándose en la silla D. junto a Simona.) ¡Un hijo! ¿Vas a tener un hijo? ¿Y esto te causa pena?
SIM. ¡Claro!
ZA. ¡Semejante felicidad! ¡Si yo estuviera en tu lugar!... ¡Un hijo!... ¡Un hijo del hombre a quien se ama!...
SIM. En nuestra situación será una carga más.
ZA. ¡No te inquietes por eso! ¿Por qué no has venido antes a hablarme?
SIM. (Con embarazo.) Nunca hubiera creído que usted... Como en otros tiempos decía usted lo contrario...
ZA. No te ocupes más de esas tonterías. Yo seré la madrina y si quieres Bernardo será el padrino.
SIM. ¿El señor Dufresne?

ZA. Y puedes tranquilizarte, porque no te dejaremos morir de hambre, ni a tu pequeñuelo tampoco.

SIM. ¿Me darán ustedes trabajo?

ZA. Sí, mujer, sí. No faltaría sino que criases mala sangre por haberte caído la mayor fortuna que puede apetecer una mujer. ¡Tener un hijo! Cuando esto sucede con un hombre que tiene corazón como tu Emilio o mi Bernardo, la cosa es para toda la vida; es como si estuvieseis casados, y más aun, porque cuando uno se casa y no tiene hijos, cada cual va por su camino, se acaba el amor y no hay nada de común entre los dos; mientras que ahora tú serás siempre la madre de su hijo y él no podrá amarlo sin amarte; y quiera o no quiera siempre será así, porque este es el verdadero matrimonio, el que no lleva aparejado el divorcio. ¡Ah! ¡Cuán feliz sería yo en tu lugar! ¡Es lo único que me falta para ser completamente dichosa! ¿Y Emilio qué dice?

SIM. ¡Oh! Está contentísimo.

ZA. ¿Lo ves?

SIM. Unicamente le preocupa la cuestión del dinero. Emilio dice que quizá cuando sus padres lo sepan, permitirán el matrimonio.

ZA. ¿Ves tú?

SIM. Emilio sabe que ha sido mi único amor, que fué el primero y será el último.

ZA. (Turbada.) ¡El primero! ¡Tú has tenido esta suerte! Y a un hombre eso debe importarle mucho... Si, sí... (Con sentimiento y casi con éxtasis.)

SIM. ¿Le ha causado pesar lo que le he dicho?

ZA. (Se levanta decidida, toma el sombrero y el abrigo.) No, no. Nada de eso. Pero es preciso que me vaya. (Llamando.) ¡Rosalia! (A Simona.) He de ir a la estación a despedir a Bernardo. (A Rosalia que entra y mientras se pone el abrigo y el sombrero disponiéndose a salir.) Dale mi vestido

blanco. (A Simona.) Hay que cambiarle el forro. A la noche te daré lo necesario para arreglar el corpiño. ¿Y cuidado con fatigarte, eh? (Le da un beso y sale rápidamente por la puerta Z.)

ESCENA III

SIMONA, ROSALÍA

SIM. ¡Qué buena es la señorita Zazá!

ROS. (Arreglando el paquete en la mesa A.) ¡No hay otra mejor! ¡Y generosa!... ¿Y usted ha vuelto a trabajar de costurera?

SIM. Sí, Rosalía.

ROS. Aquí hemos cambiado mucho. La señora, que antes recibía a todo el mundo, ahora no quiere ver a nadie. Unicamente el señor Dubuisson no pierde la esperanza. Le ha puesto de patitas en la calle más de veinte veces, pero ni por esas: continúa el asedio al dia siguiente. ¡Y el señor Cascart! ¡Oh! Nunca hubiera creído que la señora pudiese prescindir de él.

SIM. ¿Cascart?

ROS. No parece por aquí.

SIM. ¿Entonces?...

ROS. La señora vive con el señor Dufresne, como usted vive con el señor Emilio No puedo decir más. (Mientras sostenían el diálogo, Rosalía ha dejado listo el paquete y lo ha entregado a Simona.)

SIM. ¿Está ya?

ROS. Ahí va el vestido.

SIM. Volveré mañana por la mañana. Buenos dias, Rosalía.

ROS. Buenos días, señorita. (Suena el timbre.) ¿Quien será. (Se dirige a la puerta para abrirla, seguida de Simona.) ¿Es usted, señora Anais?

SIM. (Saludando a Anais que entra por la puerta Z.) ¡Señora!

AN. ¡Señorita! (Sale Simona.)

ESCENA IV

ROSALIA y ANAIS

AN. ¿Está fuera mi hija?
ROS. Acaba de salir, pero regresará dentro de poco.
AN. Siendo así esperaré.
ROS. Ha ido a la estacion para despedir al señor Dufresne.
AN. ¿Se vá? Ojalá no volviese.
ROS. Volverá pasado mañana.
AN. (Se sienta en C.) Peor para Zazá. ¡Ah! ¡Qué triste es para una madre ver que la hija de sus entrañas desoye sus consejos! ¡Podria ser rica y asegurarme una posición, pero, quiá! No piensa en su madre, sólo piensa en ese hombre. Puedo asegurarte que una fortuna no se encuentra por gusto al volver una esquina. ¡Si yo hubiese dado con ella no estaría como estoy! ¡Y cuidado que no fué por no buscarla! El señor Dubuisson es un hombre formal y ella no puede encontrar otro mejor. ¿Pero por qué se le ha metido en la cabeza no querer recibir a nadie? Ni a Cascart.
ROS. Yo creí que estaba usted en malas relaciones con él.
AN. ¿En malas relaciones? Claro que no puedo tenerlas muy buenas con el hombre que me ha separado de mi hija; pero cuando le comparo con el señor Dufresne, me veo obligada a hacerle justicia. Cascart comprendía su situación: no acaparaba a Zazá. Y si hubiese tenido algunas atenciones conmigo... ¿entiendes? porque... una madre... antes que nada debe hacer respetar su dignidad. (Suena el timbre.)
ROS Será la señora. (Va a abrir. Entra Cascart.)
AN. (De pie.) ¡Cascart!

ESCENA V

CASCART, ANAIS, ROSALIA

CAS. (A Rosalía.) ¿Está la señorita?
ROS. Pronto volverá. Ahí tiene usted a la señora Anais que la espera.
CAS. ¡Ah! ¡Señora! (Saluda a Anais.)
AN. (Saludando.) ¡Caballero! (Se sienta.)
CAS. También la esperaré.
ROS. Puede usted sentarse.
(Sale por la puerta X. Cascart, sentado en la chaise longue, enciende un cigarrillo. Ambos personajes se miran con curiosidad y están un momento silenciosos.)
AN. Y bien, señor Cascart.
CAS. Y bien, señora Anais.
AN. ¿Qué dice usted de lo que ocurre?
CAS. ¿Y usted qué piensa de ello?
AN. Pienso... pienso que no puede continuar así.
CAS. ¡Ah! Pues yo creía que estaba usted satisfecha.
AN. ¿Yo?
CAS. ¡Claro! Sea usted franca: usted me tenía poco cariño.
AN. Perdone usted, señor Cascart.
CAS. Déjese usted de dengues. Usted no podía resistirme y no se preocupaba por ocultármelo.
AN. Señor Cascart, antes que todo soy madre. Usted me robó el corazón de mi hija; no puede usted negarlo.
CAS. ¿El corazón?
AN. Usted no podrá pedir a una madre que quiera al hombre que le ha robado el corazón de su hija; no podía usted...
CAS. ¡No!
AN. Pues bien: como madre le detesto... (Se levanta.) pero ello no impide que como hombre le aprecie a usted. No me extraña que mi hija haya hecho tonterías, teniendo en

cuenta que usted la enseñó el camino de la ingratitud, y además la privó de los consejos de su madre. ¿Quién tiene, pues, la culpa de lo sucedido?

CAS. ¿De modo, que reconoce usted que ella se ha equivocado.

AN. Ya lo creo. (Se sienta a la chaise longue, al lado de Cascart.) ¿Qué se propone? ¿Dónde irá a parar, señor Cascart?

CAS. No lo sé, señora Anais. Cuando una mujer empieza a dar tumbos por la pendiente, es imposible decir donde parará. Usted debe saberlo.

AN. Sí, si. Y además, ¿quién es ese hombre?

CAS. Ahí duele.

AN. ¿Tiene usted algo que confiarme?

CAS. Sí.

AN. Pues suelte la sin hueso.

CAS. Esté usted tranquila que cuando sea necesario no enmudeceré. Comprendo que Zazá está en la edad de divertirse; pero no debe abandonarnos a todos para entregarse a un hombre que no está en condiciones para crearle una posición.

AN. De modo que él no tiene...

CAS. Nada, señora Anais, nada. ¿Y ella le manda a usted aun la modesta pensión que la había señalado?

AN. Hasta el presente, sí... pero antes me hacía algunos regalillos...

CAS. ¿Y ahora?

AN. ¡Los ha suprimido!

CAS. ¿Ve usted? ¡Anda mal de dinero! Ya sabe usted que con nuestros dúos hemos alcanzado grandes éxitos; que en todas partes quieren contratarnos; que nos hacen proposiciones soberbias, pero, ¿querrá ella aceptarlas?

AN. ¡Oh!

CAS. Si lo dicho no gusta a ese caballerito, ¿qué quiere usted que haga? Pues iré a buscar otra artista para mis dúos.

AN. ¡Oh, no! Usted no lo hará

CAS. Yo no puedo cantar dúos individualmente.

AN. Es necesario que Zazá firme con usted.

CAS. Sí, ¿pero cómo?

AN. Es necesario que entre en razón; hay que separarla de Dufresne. Mientras él esté aquí...

CAS. No conseguiremos nada: es cierto.

AN. ¿No podríamos hallar un modo para hacerles tronar?

CAS. Es posible... pero...

AN. ¿Qué?

CAS. No me atrevo a causarle un pesar.

AN. Siendo por su bien... ¿porque no? ¿No es verdad?

CAS. Claro que sí.

AN. ¿Qué queremos nosotros? Que ella se cree una posición. (De pie.) Cascart: si no me quita usted a ese hombre de en medio, soy capaz de hacer una barbaridad. (Suena el timbre.)

CAS. ¡Chitón! Es ella.

AN. Tiene usted la aprobación de su madre y puede usted abordar la cuestión como guste. (Cascart se dirige hacia la derecha.)

ESCENA VI

CASCART, ANAIS, ZAZÁ

AN. (Yendo a su encuentro.) Buenos días, hija mía.

ZA. ¡Oh, mamá! ¿Cómo estás? (Se apercibe de Cascart.) ¡Cascart! ¡Mi querido Cascart! ¡Cómo te agradezco la galantería de venir a verme!

CAS. Necesito hablarte.

(Zazá se quita el sombrero y el abrigo.)

ZA. Hacía tiempo que no parecías por acá. ¿Y me habeis esperado juntos?

AN. Sí.

ZA. ¿Sin arañaros? Es un milagro.

AN. ¿Y por qué? Dos personas bien educadas pueden hablar sin tirarse los trastos a la cabeza. Nunca nos hemos peleado.

ZA. Pero poco le ha faltado.

AN. Creo que tenéis que hablar y os abandono. Llamadme cuando terminéis. (Sale por la puerta Z.)

ESCENA VII

CASCART y ZAZÁ

ZA. (Arreglándose el pelo junto a la chimenea.) Mi buen Cascart; cuanto me alegro que hayas venido, porqué hacía un siglo que no te veía. (Dirigiéndose a él.)

CAS. (Levantando las espaldas.) Sabes de sobra el por qué. (Cascart cruza paseando con Zazá.)

ZA. Sí; ya sé que parezco una ingrata, pero no lo soy. Yo te quiero siempre, es la verdad. No puedo olvidar el tiempo que hemos pasado juntos y todo lo que te debo y has hecho por mí. Quisiera que se presentara la ocasión para demostrarte que Zazá no es una ingrata.

CAS. ¿Una ocasión que te molestara poco?

ZA. ¡Oh, no; no digas eso! ¿Querías hablarme? ¿De qué se trata? (Se sienta en C.)

CAS. (Se sienta en F.) Quiero hablarte de contratas.

ZA. (Sin interés.) Ya.

CAS. Es necesario decidirse, sino estropearemos la temporada y se nos escaparán las escrituras provechosas.

ZA. ¿Qué proposiciones hacen?

CAS Ya te dije que la de Marsella...

ZA. No; está demasiado lejos; casi al lado del infierno. ¡Muchas gracias! Podrían hacer proposiciones para el Tonkin.

CAS. ¿De modo que no quieres ir a Marsella?

ZA. No; ya he dicho que estaba demasiado lejos.

CAS. ¡Bueno! Si no quieres alejarte, ya sé lo que te conviene. Cuando Malardot ha sabido que nos hacían buenas proposiciones para Marsella, ha decidido quedarse con nosotros.

ZA. ¿Quedarnos aquí?

CAS. ¡No dirás que esté lejos!

ZA. No... Pero...

CAS. ¿Pero qué?

ZA. Que está demasiado cerca.

CAS. ¿Cómo?

ZA. Conozco aquí demasiada gente.

CAS. No tienes más que amigos.

ZA. Con exceso, y los tengo vistos hasta la saciedad. Además todo el día me asedian y no puedo dar un paso sin ver cierta gente que quisiera que se llevase el diablo. Y Zazá por aquí, y Zazá por allá... (Se levanta y se dirige hacia la derecha.) Me fastidian... No parece sino que tienen algun derecho.

CAS. (Animándose, se levanta y pasea.) Has de comprender que a tu edad y en la posición en que te hallas, no puedes vivir de esta manera... sin recibir a nadie; no puedes hacer la vida del conejo metido en la madriguera. Y si quieres continuar así, déjate de conciertos y entra en un convento.

ZA. Soy libre y puedo vivir como me acomode.

CAS. Mejor dicho: como él guste.

ZA. Y vuelta a lo mismo; y además, eso es cuenta mía.

CAS. (Calmándose.) Soy tu amigo y antiguo camarada y no he venido aquí para hacer tonterías propias de hombre celoso. No, no me preocupo de mí, sino de tí. (Obedeciendo a la insinuación de Cascart, Zazá se sienta en la chaise longue.) Deja que te hable en forma razonable. Que tengas un amante nada tiene de particular; pero comprenderás que no puede durar toda la vida.

ZA. ¿Así lo crees? Tanto peor si no dura.

CAS. ¿Lo quisieras? Hace seis meses que estás con él; puedes estar seis años; pero en definitiva será lo mismo.

ZA. ¡Eso pido! ¡Ah, si toda la vida pudiera ser lo mismo!

CAS. ¡Quita, que eso no es serio! Sé franca y dí que se trata de otra cosa. Te habrá prometido la mar y sus arenas.

ZA. No.

CAS. ¿Has soñado, quizá, que es suficientemente rico para crearte una posición? Pues te has engañado: no es rico.

ZA. Ya sé que no es rico. Además nada me ha prometido.

CAS. ¿Pues entonces, qué esperas?

ZA. (Con simplicidad.) No espero nada; tengo todo lo que deseo. Sólo quiero que esto continúe, y nada más.

CAS. (Levantándose.) Supongo no esperarás que se case contigo.

ZA. No.

CAS. (Yendo hacia ella). ¡Y aunque se casara! ¿Qué será de ti en definitiva? Te convertirías en en mujer modesta, habiendo podido ser rica y libre para divertirte mientras sonríe la juventud. ¡Esta es la vida agradable para una mujer!

ZA. Lo más agradable para una mujer, es vivir con el hombre a quien se ama.

CAS. Si la pasión estuviese siempre a la misma altura, claro que sí... pero como las cosas cambain...

ZA. ¿Quieres suponer que yo puedo amar a otro hombre como a Bernardo?

CAS. Claro.

ZA. ¡Pues no es verdad!

CAS. No exageres.

ZA. ¿Por qué dices eso?

CAS. Porque has amado a otro antes que a él.

ZA. ¿A quién?

CAS. A mí.

ZA. (Levantándose). ¿A tí? Nunca. Ni en sueños.

CAS. ¿Cómo?

ZA. ¿Amarte a ti? (Levantando las espaldas y dando una vuelta al rededor de la chaise-longe.) Tú lo creiste y quizás yo también estaba convencida que aquello era el amor y que no podía sentirse por un hombre otra cosa que la que yo sentía por ti; no podía imaginar... Pero, no; nunca sentí amor por ti y tú tampoco por mí.

CAS. ¡Hola! ¡Hola!

ZA. ¡Me parecías chic! (Cascart se sienta en C.) me guardabas muchas consideraciones; me gustabas; tú note aburrias a mi lado. ¡Claro que no! Eramos buenos amigos, y esto es todo. Nuestro cariño nunca nos quitó el sueño... Además mientras estuve contigo, yo... yo... (Hace la señal del cornudo) y tú lo sabías... ¿A eso llamas amor? Ah no, no; deja que me ría.

CAS. Me parece que...

ZA. Quita, quita, que nunca hemos llegado nosotros a tales alturas... ¡Lo que se siente cuando se quiere de veras!... Eso...

CAS. ¿Qué?

ZA. De nuestra amistad al verdadero amor...

CAS. ¿Qué? (Se levanta y pasea.)

Za. (Se pasea también.) En fin, es el día y la noche.

CAS. Lo que dices no tiene sentido común. Tu amor es una humorada.

ZA. ¿Qué sabes tú de eso? ¡Creo que te conozco a fondo! Tú hablas de ello como un ciego de los colores. No vale la pena de discutir. Lo que te hace hablar asi, es el resquemor natural que siente un hombre cuando le han substituído. No te obstines, pues. Soy feliz y es inútil cuanto me digas. Déjame vivir como vivo y continuemos siendo buenos amigos.

CAS. (Animándose.) Estás loca. Soy tu amigo, tu verdadero amigo, y es difícil halles otro como yo; pero ya que en esta ocasión se

trata de tí, he de insistir en que tu amante te ha hecho perder la cabeza y si continúas así, acabarás por perderlo todo. Más tarde te arrepentirás.

ZA. Bueno; es cuenta mía.

CAS. Esas cosas no pueden durar toda la vida. Si tu no te cansas primero, se cansará él. (Da la vuelta a la chaise-longue.)

ZA. ¡Cállate! ¿Qué entiendes tú de eso? No soy tan imbécil como imaginas. Hay cosas que no pueden engañar a una mujer. Tu no sabes qué... Pero no, no puedo decírtelo. Le tengo cogido, es mío, mío, y que venga quien quiera a quitármelo. ¡Es mío! ¡Es mío! (En el centro del escenario.)

CAS. ¿Tuyo? Pero si no le conoces ni nada sabes referente a su vida, familia, negocios, fortuna... ¿Qué sabes de él? Ni siquiera si es casado o soltero. (Paseando.)

ZA. ¡Oh! Estás completamente loco. ¡No, no es casado ni piensa en ello! ¡Casado! ¡Tú estás malo de la cabeza! ¿Un hombre que durante seis meses ha vivido casi constantemente conmigo? ¿De dónde diablos sacas semejantes ideas?

CAS. Pues bien, si no está casado, tiene por lo menos un lío.

ZA. (Aturdida.) ¿Qué dices?

CAS. Digo que tiene un lío en París.

ZA. (Se levanta, se dirige a Cascart, le coge por las solapas del abrigo y le mira fijamente, con angustia.) ¿Y cómo lo has sabido?

CAS. Cálmate.

ZA. ¿Cómo lo has sabido, repito?

CAS. Desde el momento en que no quieres ser razonable, hay necesidad de advertirte; decir la verdad. Comprenderás que yo no podía...

ZA. Has empezado a hablar y es necesario que lo digas todo. ¿Cómo lo has sabido?

CAS. Le ví en el teatro de Variedades con una mujer.

ZA. ¿Cuándo?

CAS. La semana pasada. ¿Recuerdas que fuí a París?

ZA. ¡Con una mujer!

CAS. ¡Sí, con una mujer que no era una cualquiera! Veinticinco años, tipo de persona decente, distinguida, elegante, hermosa... La pareja no se escondía; estaba en primera fila. A la salida pasaron junto a mí en el preciso momento en que ella le decía: Antes de ir a casa, acompáñame a tomar chocolate. (Zazá deja á Cascart y se sienta. Pausa.) Si le hubiera visto con una mujer cualquiera, nada te hubiera dicho... Pero puedes creerme, se trata de algo serio. Era necesario que te advirtiese. (Se dirige a la ventana y mira.)

ZA. (Muy conmovida y reflexionando.) ¡Te lo agradezco! (Silencio.) No puede ser su mujer, viviendo como ha vivido conmigo durante seis meses. Tener tipo de persona decente no prueba nada. Se ven tantas arpías que tienen apariencias de santitas. Es una mujerzuela, no hay duda. ¿Dices que es guapa?

CAS. Sí.

ZA. ¿Rubia?

CAS. Sí.

ZA. ¿Delgada?

CAS. Esbelta, fina, con hermosos ojos... En una palabra: hermosa. (Silencio.)

ZA. (Descompuesta.) Y tú hace ocho días que estás enterado de todo y te has quedado mudo, sin advertirme nada, sin decir esta boca es mía... muy bien.

CAS. Como no querías que me mezclase en tus asuntos...

ZA. Debías callarte o hablar oportunamente. De haberlo sabido ayer, podía impedir que se marchase hoy. Pero en este instante ya estará con ella para pagarle otro chocolate.

CAS. Pero...

ZA. ¡Y tú tienes la culpa de lo que ocurre!

¿Cuándo acabarás de mirar como una marmota? Pero eso no quedará así.

ESCENA VIII

ZAZÁ, CASCART, ANAIS; después ROSALÍA

AN. (Asomando la cabeza por la puerta que está entreabierta.) ¿Qué ocurre, hijos míos? ¿Disputáis?

ZA. (Febril toda la escena.) ¡Tiene un lío!

AN. ¿Cascart?

ZA. (Paseando.) ¡Sí, Cascart! Por mí, puede tener diez si quiere. ¿Qué me importa?

AN. ¿Pues quién?

CAS. El señor Dufresne.

ZA. ¡Y sí! Nunca atiende a lo que se habla; parece que estás en la luna.

AN. (Escandalizada.) ¡Un lío! ¡Oh!

ZA. ¡Sí, una amante en París, que la lleva al teatro y a la salida le paga el chocolate!

AN. (A Cascart.) ¿Es cierto lo que dice, señor Cascart?

CAS. Sí.

AN. No me extraña. Tenía tipo de eso: yo nunca me había fijado en él. Una mujer. ¡Qué horror!

ZA. (Sentándose en la mesa A.) ¡Es una infamia! ¿No es cierto?

CAS. ¡Qué infamia! ¡No hay para tanto! ¡Al fin y al cabo no eres su esposa!

ZA. ¿Le defiendes?

CAS. Cálmate.

ZA. ¿Le defiendes? ¡Está bien! Siempre os apoyáis entre vosotros.

AN. (A Cascart.) Nunca hubiera creído que fuera usted capaz de defenderle.

ZA. ¡No tenía el derecho de engañarme!

CAS. (Levantando las espaldas.) ¿No tenía el derecho? (Paseando.)

ZA. No.

CAS. Te repito que no estáis casados.

ZA. Pues por eso. Se comprende que se engañe a la mujer, pero nunca a la amante. Que un marido engañe a su mujer es cosa natural porque se ve obligado a ser siempre su marido. Pero a él nadie le obligó a dirigírseme con aire de enamorado para lograr que yo le correspondiese apasionadamente... Y todo por... ¡Ah! Si supieras, Cascart, cuanto sufro! (Solloza sobre las espaldas de Cascart.)

AN. ¡Pobre mártir! ¡Consuélate, angel mío, que aún te queda tu madre! Tu Dufresne es un pillo.

ZA. (Llorando.) ¡Sí, sí!

AN. ¡Y un sinvergüenza y un canalla!

ZA. ¡Sí, sí, sí!

AN. Abandónale inmediatamente.

ZA. (Con energía.) ¡Jamás!

AN. Hija mía, piensa en tu dignidad de mujer.

ZA. ¿Mi dignidad? Me río yo de mi dignidad. ¡Abandonarle! ¡Están verdes!

AN. ¿Pues que vas a hacer?

ZA. Ir a buscarle.

CAS. ¿A París?

ZA. A París. (Llama.) ¡Rosalía! (Durante el final de la escena Zazá se viste, arregla su maletín en el que pone algunos objetos de tocador, se peina, se calza los guantes, etc.) ¡El no quería que fuese a París! ¡Pues ya verá lo que es bueno! (Llama.) ¡Rosalía!

ROS. (Entrando.) ¡Señorita!

ZA. Dáte prisa. Trae el abrigo y un sombrero. (Durante el resto de la escena Rosalía ayuda a Zazá.) Quiero tomar el primer tren que es un ómnibus. El tomó el express.

CAS. ¿Y qué vas a hacer?

ZA. Cuando esté allí, decidiré.

CAS. ¿Tienes su dirección?

ZA. Sólo tengo la de su casa de comercio. En ella me darán razón de su domicilio.

AN. ¿Irás a su casa?

ZA. ¡No que nó! Crees tú que voy a París para ver la torre Eiffel.

AN. ¿Te vas sola?

ZA. Pierde cuidado. No voy a extraviarme... Pero quizá tenga necesidad... Me llevaré a Simona... ¡No es mala la cencerrada que le espera a la señora del chocolate! Ella o yo. Es necesario que escoja.

AN. ¿Y si es ella la elegida?

ZA. ¿Ella? ¡Quiá! ¡Seré yo! Me quiere, ¿entiendes? ¡No es posible que dude! Será algún belén antiguo del cual no se habrá podido desembarazar. Yo lo acabaré todo.

AN. Quizá no le guste tu presencia.

ZA. ¡Claro que no! Pero, ¿qué importa? Adiós, mamá. Quédate aquí.

AN. Eso es. Yo guardaré la casa.

CAS. Te acompaño a la estación.

ZA. (A Cascart.) ¿Has dicho que era guapa?

CAS. Mucho.

ZA. Y yo no estaré allí hasta mañana a las once. ¡Ah! Espera que yo te pagaré el chocolate. (Salen por Z.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salón de una casa amueblada en París, acomodada con gusto pero sin lujo. La habitación no muy grande y arreglada cuidadosamente. Chimenea a un lado; piano al otro lado. En la pared fotografías y cuadros. Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

Sra. DUFRESNE, MELANIA; luego JULIETA

Al levantarse el telón la señora Dufresne está sentada (H.) terminando una carta, con el sombrero puesto dispuesta a salir. Suena el timbre y entra Melania (X.)

SRA. D. ¿Ha venido la nueva camarera?
MEL. No, señorita.
SRA. D. Es raro. Prometió venir a la una, sin falta... Son ya las dos...
MEL. No tardará quizás.
SRA. D. Me precisa salir ahora. Si viniese, le enseña usted su cuarto.
MEL. Bien, señorita. (Va a salir y se detiene.) El señorito, ¿comerá en casa?
SRA. D. No... Se ha marchado a Lyon. ¿Conoce usted a la señora Denoyer?
MEL. No, señorita.
SRA. D. Bueno, no importa... Esa señora vendrá.
MEL. Han llamado a la puerta de servicio... Será la camarera.
SRA. D. Vaya usted a enterarse. (Melania sale. La señora Dufresne escribe de nuevo hasta que aparece a pocos segundos Melania.)

MEL. Señorita, la nueva camarera.

SRA. D. Que pase. (Entra Julieta cubierta la cabeza con una capotita.) Aguardaba a usted más temprano.

JUL. La señora me dispensará. He venido con retraso porque he querido traer conmigo el baúl.

SRA. D. Bien... Sólo quería decirle que me molesta en extremo la menor falta de exactitud en todos los asuntos del servicio... En todo soy muy tolerante, menos en eso... Espero que lo recordará usted.

JUL. Sí, señorita.

SRA. D. Perfectamente. Haga usted que suban su baúl y colóquelo en el cuarto que le indicará Melania.

JUL. Muy bien, señorita.

SRA. D. ¿Se llama usted?

JUL. Julieta, para servir a usted.

SRA. D. Gracias; puede retirarse. (Poniéndose los guantes.) ¡Ah! Espere un momento... Aguardo esta tarde a una señora que se llama Denoyer; pero como he de salir ahora mismo, si durante mi ausencia llegase esa señora, la hace usted pasar y la ruega que haga el obsequio de aguardarse.

JUL. Muy bien, señorita.

SRA. D. ¿Recordará usted el nombre de la señora?

JUL. Señora Denoyer.

SRA. D. Bien. Adiós. (Sale por Z.)

ESCENA II

MELANIA y JULIETA

JUL. (Quitándose la capota.) ¿Hace mucho tiempo que sirve usted en esta casa?

MEL. Sólo quince días.

JUL. No es mucho.

MEL. Lo suficiente para tener ganas de abandonarla.

JUL. La señora...

MEL. Inaguantable... se ocupa de todo... Se pasa la mitad del día en la cocina.

JUL. ¡Pero no habrá que servir a mucha gente!

MEL. No. Tres personas a lo sumo; mejor dicho, dos, porque el señorito se pasa la vida viajando. Ayer llegó de Saint Etienne y hoy se ha marchado a Lyon.

JUL. El señorito no molestará mucho.

MEL. El señorito no, pero molesta por los dos la señorita. No le deja a una tranquila ni un segundo; quiere verlo todo, escudriñarlo todo; le juro a usted que me restan pocos días de estancia en esta casa... Pero usted, ¿no se ha informado antes de venir?

JUL. De poco sirven los informes. Prefiero convencerme sobre el terreno. Por lo pronto ya sé que la señorita es joven y bonita, y para una camarera parisiense viste mucho tener un ama de estas condiciones. ¿La señorita sale muy amenudo?

MEL. No.

JUL. ¿Y vienen muchas visitas?

MEL. Tampoco.

JUL. ¡Ah, vamos! ¿Uno solo?

MEL. Ca, hija mía. Veo que no me ha entendido... (Con desdén.) Es una infeliz: tonta y sosa.

JUL. ¡Una mujer tan bonita... y con el marido viajando constantemente!... ¡Quién lo dijera!

MEL. Se pasa los días aguardando a su marido y entregada a la inspección de la batería de cocina... (Llaman fuera.) ¿Han llamado?

JUL. Será la visita que espera la señorita. Voy a abrir.

MEL. Luego le enseñaré su cuarto. (Salen Melania (X) Julieta (Z). Un instante después entra Julieta seguida de Zazá y Simona.)

ESCENA III

JULIETA, ZAZÁ y SIMONA

(Zazá se adelanta hasta el piano. Simona permanece junto al umbral como no atreviéndose a entrar.)

JUL. En tal caso, ¿es usted la persona a quien aguardaba la señora?

ZA. Sí, sí...

JUL. ¿La señora Denoyer?

ZA. Denoyer. Sí, justo. La señora Denoyer.

JUL. La señora ha dicho que permanecería fuera una hora y que si usted llegaba tuviese la bondad de aguardarla.

ZA. Sí, sí... Aguardaremos... (Sale Julieta.) ¡Ya nos hemos introducido! Parece que aguardaban a una señora Denoyer... No tendría nada de particular que yo me llamase Denoyer... ¿Lo ves? No ha sido tan difícil como imaginábamos.

SIM. Me falta aliento para hablar.

ZA. ¿Y por qué?

SIM. (Acercándose a Zazá.) Por si nos echan.

ZA. Sí, nos echarán. Pero no antes de que yo diga cuanto tengo que decir; te lo juro. Desafío a quien intente hacerme callar.

SIM. ¿Pero será esta la casa de Bernardo? (Examinando el salón.)

ZA. Sí, sí; es su casa, o mejor dicho, es la casa de los dos.

SIM. ¿Qué?

ZA. ¿No has oído a la camarera? El señorito está fuera y la señorita acaba de salir. Cascart tenía razón. ¡Vive con otra! Aunque no descubriese otra cosa, no me pesa haber subido a este tercer piso.

SIM. Vámonos, pues.

ZA. ¿Irnos? ¿Ahora que tengo la certeza de que

vive con otra? ¡Ah, no! Yo no me voy hasta conocer a esa señora... Tengo curiosidad por verle la cara.

SIM. Por Dios, Zazá... Yo estoy temblando...

ZA. Márchate si quieres... Vete si temes que se nos ha de comer... Yo me quedo.

SIM. ¿Pero cuando esa señora vuelva?

ZA. Precisamente es lo que estoy esperando.

SIM. ¿Y si llega él primero?

ZA. ¿Bernardo?

SIM. Sí; si él nos encuentra aquí...

ZA. Pues... si es él... si es él... no tendrá más remedio que vernos.

SIM. ¿Ve como tampoco está usted tranquila?...

ZA. Tranquila... tranquila... ¿Acaso he dicho que lo estuviese? Si estuviese tranquila no estaría en esta casa, sino en la mía... En esta casa que tiene un no sé qué, que me disgusta y me subleva los nervios...

SIM. Pues es muy bonita.

ZA. Bonita, ¿eh? Está mejor que la tuya, ¿verdad?

SIM. Ya lo creo.

ZA. Sí, y mejor que la mía también... Muy bonita... demasiado bonita.

SIM. ¿Por qué?

ZA. Porque se vé que la ha arreglado una mujer... Sin decírnoslo hubiéramos adivinado que había una mujer en esta casa... Se la vé aquí... se la siente!... Mira, fíjate: esta salita no es la de un hombre soltero... ¡Un piano! No puede ser para él que es un concertista que sólo sabe tocar con un dedo... Será para ella que debe tocar infernalmente. Mira, mira con que cuidado está arreglado todo... En todo se ve la mano de una mujer... y de una mujer amante y cuidadosa de su nido... Cuando llega a París debe estar aquí con ella como en la gloria. Y deben abrazarse y retozar juntos al piano. Le gusta la música a la señora,

¿eh? Pues no quedará descontenta de la serenata que le voy a dar.

SIM. Por Dios, Zazá. ¿Qué piensa usted decirla?

ZA. No lo sé. ¿Crees que traigo estudiado el discurso? La diré... ¿Qué sé yo? La diré que todo eso no sirve para nada, que estos muebles también arreglados y estos sillodes tan limpios y cepillados y este saloncito tan hermoso y confortable no impiden que los abandone para venir a mi casa, a mi cuchitril desarreglado y mal barrido... Ya sabes cómo tengo que reñir a Rosalía porque tiene horror a coger una escoba. (Pausa.) ¿Sabes tú en definitiva qué significa todo este aseo y todos estos cachivaches?... Pues que me ama, y que soy la preferida.

SIM. ¡Pues ya estamos aquí de sobra!

ZA. (Pensativa y como hablando consigo misma.) ¿Qué clase de mujer será? (Examinándolo todo.) ¡Una mujer muy correcta, muy aseada, muy cuidadosa! ¡Esto salta a la vista! Mira, mira, como está este piano. De tanto frotar le han sacado lustre. Esa mujer debe aburrir a sus criados y a su amante con tanto aseo. Se pasará la vida zurciendo ropa blanca y rellenando con ella los armarios... ¡Me daría horror una mujer así!.. Apuesto a que debe armar un escándalo a Bernardo cuando se presenta con un salpicón de barro, o en cuanto deja caer en la alfombra la ceniza del cigarro. ¡Pobre Bernardo! ¡El que es un poco Adán! ¡Esta casa debe parecerle un infierno!

SIM. Quién sabe si esa señora no será lo que suponemos.

ZA. Pero que tonta eres. Si es más claro que el agua. No se pasaría los días conmigo si viviese satisfecho al lado de ese vejestorio.

SIM. Cascart dijo que era una señora joven y guapa...

ZA. ¿Y quién hace caso de lo que dice Cascart? Su único propósito era hacerme romper

con Bernardo. Es muy natural y no le guardo rencor por ello... Yo hiciera lo mismo en su caso... Que era joven y bonita, dijo... ¿Y él qué sabe? Mira, fíjate... cerrada la ventana y cubierta con cortinas para impedir que se cuele la luz y deje ver demasiado claro. Sólo se le ocurre a una vieja semejante cosa. (Escudriñando halla un devocionario.) ¡Un devocionario!.. ¡Beata! No le faltaba más que esto. ¡Vieja presumida y beata! Oh, no puedo permitirlo... Ya ves como no puedo abandonarle, corriendo tan grave peligro. ¡Pobre Bernardo! ¡Yo te libraré de la tiranía de esa arpia!

SIM. Si no se ha librado él, es que no le habrá convenido.

ZA. ¿El? ¡Pobrecito! tiene demasiado buen corazón. De seguro no ha roto con ella por no darle un disgusto.

SIM. ¡Quién sabe! ¿Qué es? (Zazá, inmóvil, lee el sobre de una carta que halla encima la mesita.)

ZA. ¡Mira esta carta! (La toma.)

SIM. ¿Qué va usted a hacer?

ZA. Bien puedo leer el sobre. ¿Hay algún mal en ello?

SIM. No... ¿Qué dice?

ZA. (Leyendo.) «Señora Dufresne, 87, calle Chateaudun»...

SIM. ¿Señora Dufresne?... ¡Está casado!

ZA. ¡Casado! No quiere decir que esté casado... Ella se hará llamar así.. No sería la primera... Si yo viviese con Bernardo, antes de tres meses todos los vecinos me llamarían la señora Dufresne.

SIM. Claro: pero si no fuese así...

ZA. (Absorta fija la vista en la carta.) ¿Cómo podríamos saber?... ¿Quizá en esta carta?

SIM. ¡Oh! ¡No la abra V. por Dios!

ZA. Está abierta... y despues de todo, he venido a informarme... (Abre el sobre y lee.)

SIM. ¡Oh!

ZA. (Leyendo.) «Querida amiga: puesto que se

halla en París tu marido...» (Parándose bruscamente y cesando de leer, pero conservando fija la vista en la carta.) Tu marido... Está casado. (Después de una larga pausa, Simona se adelanta y coge por brazo a Zazá.

SIM. ¡Vamos! ¡Vámonos!

ZA. (Violenta.) ¿Para qué? ¿Imaginas que me importa algo que esté casado o no? ¿No vemos acaso todos los días maridos que no aman a sus mujeres? Precisamente por eso se ha inventado el divorcio... No, no quiero marcharme sin verla... He de saber si es a ella o a mí a quien ama.

SIM. Zazá, alguien viene...

ESCENA IV

Dichas, TOTÓ.

(Se abre la puerta y entra una niña de siete a ocho años vestida con sencillo traje de casa. Entra bruscamente (x) corre hacia el piano deteniéndose tímida al apercibir a Zazá y Simona, que juntas al lado del velador están inmóviles ante la niña. Zazá con gran emoción coge del brazo a su amiga sin apartar los ojos de la niña.)

SIM. (Bajo a Zazá,) Zazá, Zazá. ¡Una niña!

ZA. (Temblando y con una gran emoción.) ¡Una niña! ¿Quién será? ¡Dios mío!

SIM. Su hija seguramente.

ZA. (Como aturdida.) ¡De Bernardo!

SIM. ¡Qué hermosa es!

ZA. Sí, se le parece. Háblale, dile algo... yo no sabría.

SIM. (A Totó.) Señorita ¿la hemos asustado a usted?

TOT. (Con timidez.) No, señora... Venía para estudiar mi lección de piano. No sabía que estuviesen ustedes aquí...

SIM. ¿Estorbamos quizá?

TOT. ¡Oh! no, señora. ¿Aguarda usted a mamá?

SIM. ¡Sí, señorita!

TOT. ¿Y esa otra señorita también?

ZA. Sí.

TOT. Mamá probablemente tardará un rato en volver. Si ustedes quieren sentarse. (Se sienta E.)

ZA. (Sentándose C. Simona D.) ¿Cómo te llamas?

SOT. Antoñita Dufresne... Pero todos me llaman Totó.

ZA. ¿Totó?

TOT. Sí... Y usted ¿cómo se llama señora?

ZA. Yo me llamo Za... (Corrigiéndose) me llamo la señora Denoyer.

TOT. ¡Oh no!

ZA. ¿Cómo?

TOT. ¿Por qué dice usted que es la señora Denoyer?

ZA. ¿Pero?

TOT. La señora Denoyer es conocida mia y no se le parece a usted. Es más morena y es una señora muy formal y muy distinguida...

ZA. (Bajo a Simona.) ¿Has visto?

TOT. ¿Por qué ha dicho usted que era la señora Denoyer? Mamá dice siempre que no se debe mentir.

ZA. Pero ¿por qué no puedo ser yo también la señora Denoyer... No se necesita ser morena para llamarse Denoyer.

TOT. En este caso, ¿es usted otra señora Denoyer?

ZA. ¿Ves tú?

TOT. ¿Por qué me tutea usted?

ZA. ¿Por qué te?.. ¿Por qué la tuteo? La he tuteado por qué... porque te pareces a una persona a quien quiero muchísimo...

TOT. Todo el mundo dice que me parezco mucho a papá... ¿Le conoce usted?

ZA. No... No... ¿Le quieres mucho, no es cierto?

SOT. Muchisimo... Nunca estoy más alegre que cuando sé que va a llegar...

ZA. ¿Y cuando llega?
TOT. Hace cerca de seis meses que no le vemos.
ZA. ¡Seis meses!
TOT. Sí; hemos estado todo ese tiempo mamá y yo en casa de mi abuelita que estaba muy delicada.
ZA. ¿Si?
TOT. Además, los negocios le obligan a estar ausente la mayor parte del tiempo. Cuando se case una hija mía prohibiré a mi yerno que tenga negocios... Afortunadamente dentro de poco nos iremos todos.
SIM. ¿De París?
TOT. Sí; nos iremos a los Estados Unidos.
ZA. ¿Con su mamá?
TOT. Sí... Mamá ha dicho que no quiere que papá se vaya solo ¿Y su marido de usted qué carrera tiene?
ZA. Yo no tengo marido.
TOT. ¿Es usted soltera? Yo creí que estaba usted casada... ¿Entonces por qué la llaman a usted señora?
ZA. Soy viuda.
TOT. ¡Oh! ¡Qué triste debe ser para usted la vida!
ZA. ¡Sí!
TOT. ¿Y no tiene usted ninguna hija?
ZA. ¡No!
TOT. ¡Pobre señora!
ZA. La hubiera querido cómo a tí te quiere tu papá. ¿Te quiere mucho, verdad?
TOT. ¡Oh, si! Hace cuanto yo quiero. ¿Cuando era usted niña la quería tambien mucho su papá, no es cierto?
ZA. No sé.
TOT. ¿Cómo?
ZA. ¡No le conocí nunca!
TOT. ¿Había muerto?
ZA. No.
TOT. ¿Estaba lejos de usted?
ZA. Sí. Tan lejos que jamás ha vuelto.
TOT. Y claro, no la llevaría a usted al teatro...

ZA. No.

TOT. ¡Oh! Pues papá nos lleva muy amenudo... ¿Pero tendrá usted mamá?

ZA. Sí.

TOT. ¿Y la querrá a usted mucho?

ZA. Sí.

TOT. Cómo la mía.

ZA. Quizá no tanto como la tuya.

TOT. Mi mamá es muy buena y sólo se ocupa de mí... ¿La de usted no la mimaba mucho?

ZA. Mi mamá no se hallaba nunca en casa... y cuando llegaba a ella...

TOT. ¿No la acariciaba mucho?

ZA. Ni siquiera me besaba... por no despertarme... ¡Hija mía!... hay personas que han sido tan desgraciadas de niñas, tanto, que no se las debe acusar si son malas más tarde... No es suya toda la culpa...

TOT. Sí. Hay niñas muy desgraciadas... Las que no tienen que comer.

ZA. ¡Las hay aún más desgraciadas!

TOT. Las que no tienen papá.

ZA. Sí, hija mía; tienes razón... Es la mayor desdicha.

TOT. ¡Debe ser muy triste! ¡Yo me entristezco cuando papá está fuera! (Zazá se seca los ojos y se levanta.) ¿Llora usted, señora?

ZA. No... no... Has venido para estudiar tu lección de piano... ¿Quieres tocar delante de nosotras?

TOT. ¡Oh!

ZA. ¿Te da vergüenza?

TOT. No, señora... Pero toco muy mal... Probaré. (Totó toca dulce y lentamente, mientras Zazá que la ha acompañado al piano se deja caer en la silla E., sollozando. Simona junto a ella.)

SIM. ¡Zazá, por Dios!

ZA. (Secándose los ojos.) ¡Todo ha terminado!... ¡No bastaba que estuviese casado, precisaba que tuviese una hija!... Al verla, he comprendido que era imposible reconquistar

su cariño... ¡Ah! ¡Qué dichosas son algunas mujeres!... ¡Las han mecido cariñosamente en la cuna cuando niñas y han podido vivir honradas con el ser querido, con el padre de sus hijos!... ¡Si conocieran nuestras miserias... nuestra manera de vivir... cómo se forma nuestra alma, que sólo florece con el amor, con el amor que cómo ellas sentimos, pero que nos abandona muy pronto porque no hemos nacido para disfrutar la felicidad!... ¿Qué será de mí, Dios mío?

(Totó ha terminado. Se dirige a Zazá.)

TOT. ¡Usted llora todavia!... ¡Está usted muy triste! ¿Me permite usted que la dé un beso? (Movimiento de Zazá. Pausa.) ¿No quiere usted? (Zazá la abraza y la besa con emoción.) ¡Han llamado!... Debe ser mamá. (Se dirige hacia la puerta.)

SIM. (A Zazá.) ¿Qué vamos a decir ahora?

ZA. No temas... ¡Dios mío!

ESCENA ULTIMA

Dichas SRA. DUFRESNE. La señora Dufresne entra con Totó, que ha salido hasta la puerta.

TOT. Una señora te aguarda, mamá.

ZA. (Que hermosa es...)

SRA. D. ¡Señora!

ZA. (Turbada.) Señora, ruego a usted que nos dispense. Nos dirigíamos a otro piso y nos hemos equivocado... Usted aguardaba a una señora Denoyer y éste es precisamente mi apellido. Ahora mismo acabo de darme cuenta del error en que hemos incurrido. La ruego que me dispense... He tenido el gusto, mientras aguardaba, de conocer a su hija... ¡Debe usted ser muy

dichosa con ella!... ¡Muy dichosa!... Dispénsenos usted.

TOT. ¡Adiós, señora!

ZA. (Con mucha emoción.) ¡Adiós... Totó! (Sale con Simona. La señora Dufresne queda mirando con cierta extrañeza a su hija.)

TELÓN

FIN DEL TERCER ACTO



ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo acto con los muebles colocados en la forma indicada

ESCENA PRIMERA

ANAIS y DUBUISSON

Al levantarse el telón, Anais entra por la puerta Z con un telegrama en la mano, seguida de Dubuisson. Este fuma un cigarro

DUB. ¿Regresará pronto?

AN. Vea usted el telegrama. (Lee.) «Mamá, estaré de vuelta mañana a las diez. Todos los hombres son unos canallas. Zazá.» (Le entrega el telegrama.) No podía usted esperar mejor noticia.

DUB. ¿Mejor noticia? (Leyendo.) «Todos los hombres son unos canallas.» (A Anais.) De modo que usted cree que yo no soy un...

AN. ¡Por Dios, señor Dubuisson! No puede usted imaginarse que Zazá escribiera semejante cosa para usted.

DUB. ¡Menos mal si no se enfada conmigo!

AN. No sabe que está usted aquí. ¡Si lo supiera!.. Siéntese usted. (Lo hace.) Dice que todos los hombres son unos canallas: es indudable que ha sorprendido a su amante.

DUB. Es posible.

AN. Es seguro. Las mujeres somos así. Si

aquel a quien amamos nos prodiga caricias, todos los hombres son buenos; pero cuando nos engañan, los haríamos trizas.

DUB. Y cree usted que Zazá...

AN. Como si lo viera. Zazá es un polvorín. Buena como el pan, eso sí, pero con la mano muy expedita. Corre mi sangre por sus venas, y lo que ahora le está pasando, me pasó a mi veinte años hace. Pero en cuanto yo me enteré de las infidelidades de mi hombre, no fué zambra la que se armó en casa, ni bofetadas las que yo repartí aquel día.

DUB. ¿Y él qué hizo?

AN. Devolverme las bofetadas, pero con tal fuerza que me creí sin muelas... Cuando abrí los ojos, el pájaro se había largado... Hace de ello veinte y cuatro años y no ha parecido más.

DUB. Ya, ya.

AN. Pues bien, señor Dubuisson, Zazá es un retrato de su madre. Hoy abofeteará a su Bernardo y asunto concluído. Ya era hora de que llegásemos al desenlace.

DUB. (Levantándose.) Si Zazá regresa a las diez, poco tardará en llegar.

AN. (Levantándose,) Estoy impaciente. Fué Cascart a recibirla a la estación.

DUB. ¿Y cree usted que obré bien quedándome aquí?

AN. ¿Quién lo duda? ¿Qué deseará en semejante caso? Que la consuelen. Usted podrá proporcionarla los consuelos que necesite.

DUB. Como que los llevo en el bolsillo. (Saca un aderezo.)

AM. ¡Qué delicado obsequio! Tiene usted todo lo que se necesita para agradar a una mujer. Pocas le habrán resistido.

DUB. No cree usted que si ella me ve al llegar...

AN. ¡Le recibirá con los brazos abiertos!

DUB. ¡Cómo tiene la costumbre de echarme a la calle!

AN. Antes, pero hoy... (Suena el timbre.) ¡Es ella... Métase usted aquí... (Le esconde detrás del biombo.) Es mejor no dé con usted de sopetón. (Dubuisson se esconde.)

ESCENA II

Dichos, ZAZÁ, CASCART, SIMONA, y ROSALÍA, que fué a abrir Entra Zazá agitada, triste, por la puerta Z. Anais corre a su encuentro.

AN. ¡Buenos días!...

ZA. (Sin pararse.) Buenos días, mámá. (Continúa su camino sin besar a su madre. Zazá se sienta, silenciosa en C. Cascart entra detrás de Zazá. Rosalía se acerca poquito a poco hacia Zazá y le habla con precaución.

ROS. ¿Quiere tomar algo la señorita?

ZA. (Parece como que acaba de salir de un sueño.) ¡Ah! no, no. (Se quita maquinalmente el sombrero y el abrigo que recoge Rosalía.)

ROS. Han traído este telegrama para la señorita.

ZA. (Coge el telégrama.) Bien.

ROS. ¿Necesita de mí la señorita?

ZA. No. (Sale Rosalía, Cascart entra por la puerta Z. Después entra Simona. Esta se sienta en B. aquel va hacia la chimenea. Anais se acerca a Zazá.)

AN. ¿Qué hay, hijita?

ZA. ¿Qué ha de haber, mamá?

AN. ¡Cuéntame, cuéntame!

ZA. ¡Oh, no, mamá! ¡He pasado la noche sin dormir y no estoy para cuentos!

AN. No puedo saber...

ZA. Más tarde lo sabrás todo. Necesito reposo para reflexionar. Dejadme en paz; no quiero ver a nadie. (Vuelve los ojos hacia su madre y nota la presencia de Dubuisson. Dirigiéndose furiosa a éste.) ¿Qué hace usted aqui?

DUB. (Asustado.) Yo... yo... he venido para...

ZA. ¿Para qué?

DUB. Para saber...

ZA. ¿Para saber?... Oiga. Ya sé que es usted muy estúpido, pero no hasta tal punto. Usted no se hubiera atrevido a venir solo. Apuesto a que mamá le ha introducido.

DUB. Sí, pero...

AN. Yo pensé...

ZA. (Exasperada.) Sabe que si hay un hombre en el mundo que no pueda sufrir ni pintado, un hombre a quien he puesto en la calle, un hombre que me horripila, mi pesadilla, es él, y en un día como éste le busca y le pone ante mi vista!

DUB. ¡Oh, qué pícara!

ZA. ¡Ha venido usted para saber si había roto con mi amante, ¡es todo lo que usted desea, lo que espera! ¡Qué le importa que yo sufra, mientras sea usted dichoso! Pues no; sea ya desgraciada o dichosa, nada sale usted ganando. Aunque me abandonara todo el mundo, nunca he de hacerle caso. ¡Se acabó, ea!

AN. ¡Hija mía!

ZA. Mamá, llévatelo ya que tú lo has traído. ¡Idos juntos! ¡Idos! ¡Idos! (Empuja a Anais y Dubuisson hasta la puerta Z. y después se echa en la chaise-longue de espaldas al público. Anais y Dubuisson salen por Z.)

ESCENA III

ZAZÁ, CASCART, SIMONA

SIM. (A Cascart, levantándose.) ¡Por Dios, señor Cascart, dígale algo! Es usted el único a quien atenderá.

CAS. (Desde el centro de la escena.) En semejante estado, no puedo mezclarme en tales trapicheos.

ZA. No tendré a nadie a quien confiar mis penas. Mi madre parece gozarse cuando se trata de hacer algún despropósito. Sólo me falta que también tú me abandones.

CAS. ¡Bueno! ¡No te enfades!

SIM. El señor Cascart es su verdadero amigo y le dará un buen consejo.

CAS. ¡Sí, los oirá como quien oye llover!

ZA. ¡No digas eso! Eres el único hombre a quien atiendo y sólo tengo confianza en tí. He perdido la cabeza y tú has de ayudarme. Haré cuanto se te antoje. (Simona se sienta en F.)

CAS. ¡Pobre Zazá! Has de derramar aún muchas lágrimas hasta que vuelvas a la vida de artista, que es la verdadera vida. (Se sienta en D.) Te habías imaginado que tu amigo era libre y que estarías con él hasta el fin de tus días.

ZA. Sí...

CAS. ¡Y sabes ahora que está casado!...

ZA. Y que tiene una hija en quien adora: he sabido que cuando le conocí estaba ausente su mujer, que acababa de regresar, y que es hermosa. Eso me tiene loca. Tú lo sabes tan bien como yo que es hermosa, porque la viste la noche... del chocolate. ¿Qué quieres que haga? No puedo luchar... Está acabado.... ¡No me queda ninguna esperanza, nada!

CAS. Debes, pues, abandonarle.

ZA. ¡Abandonarle! ¿Crees eso?

CAS. ¡No que nó!

ZA. ¡Abandonarle! Ya se me había ocurrido... Pero...

CAS. Pero no te decides.

ZA. No digo eso.

CAS. ¿Qué es lo que dices, pues?

ZA. No digo nada. Quizá tengas razón... Abandonarle... Quién sabe si es lo más razonable... ¿Tú crees?

CAS. Sí.

ZA. He de abandonarle y le abandonaré. Cuando venga le diré...

CAS. ¿Quieres verle?

ZA. Le espero.

CAS. (Levantándose.) No debieras.

ZA. ¿Por qué?

CAS. Estás enamorada, y en viéndole, al diablo todos tus propósitos.

ZA. No puedo abandonarle sin decirle...

CAS. ¿Por qué no?

ZA. No sería correcto.

CAS. (Paseando con agitación.) Si no se trata de ser correcto, sino de abandonarle lo más pronto posible, porque si tú no le despides hoy, él te despedirá mañana.

ZA. (Furiosa.) ¡Me despedirá! ¡Me despedirá!... Eso se dice fácilmente.

CAS. ¿Cómo?

ZA. (Se sienta en C.) ¡Qué cosas tienes! No se me abandona de cualquier modo si yo no lo consiento.

CAS. (Paseando.) Pero... ¡Un hombre casado y con una hija!...

ZA. ¡Casado!... ¡Casado!... ¡No era soltero cuando me conoció; tenía hija y mujer, y a pesar de ello me ha querido!

CAS. Pero entonces su mujer estaba ausente, mientras que ahora... (Se sienta en la chaise-longue.)

ZA. Tres meses hace que regresó su mujer y aun no me ha abandonado.

CAS. ¡Te habrás convencido de que su señora es hermosa!

ZA. ¡Hermosa! ¡Hermosa! Quien sabe si a pesar de ser hermosa no le gusta.

SIM. Es posible.

ZA. (Se sienta en C.) ¡Segurísimo! De no ser así no me hubiese amado. Todos los días se dan casos de mujeres hermosas que no gustan a sus respectivo maridos.

CAS. ¿Crees, pues, que dejará por ti a su mujer?

ZA. No; pero tampoco veo claro que tenga que dejarme por ella. Bernardo me ama todavía, no hay duda alguna, ¿Por qué, pues, romper nuestras relaciones si él no ha soñado en abandonarme?

CAS. ¿Estás loca?

ZA. Ayer yo era dichosa y sin embargo él estaba casado y tenia una chiquilla. No veo lo que pueda impedirme que hoy sea tan dichosa como ayer. ¿No es cierto? ¿Ha cambiado la situación?

CAS. Sí, porque tú sabes....

ZA. Sí, sí; pero él ignora que yo lo sepa. Además su mujer nada sospecha tampoco.

CAS. Todo te lo arreglas.

ZA. Yo no he de de decirle nada.

CAS. Así será, pero otros se encargarán de hacerlo... y cuando se descubra el pastel...

ZA. ¡Entonces... veremos!

CAS. Sí; verás como se larga.

ZA. Eso es cuenta mía. No soy tan tonta para dejarme abandonar por un amante que me ama y le amo.

CAS. ¿Y crees posible trabajar y ser feliz en esas condiciones?

ZA. No creo que sea la felicidad completa.

CAS. ¡Pero te das por satisfecha! (Se levanta y pasea.)

ZA. (Deteniéndole y con alegría completa.) ¡Ya lo creo! Ya está todo arreglado. Tú no me has dicho nada. Yo no he ido a París. Me hago la ilusión de que he soñado, y continúo viviendo con él del mismo modo que hace seis meses.

SIM. Es natural, señor Cascart.

ZA. ¿Ves tú como hice bien en pedirte consejo?

CAS. Para seguirlo de este modo...

ZA. Tú has dicho lo que debías decirme, y yo he hecho lo que tenía que hacer. No puedes imaginarte lo que te quiero.

CAS. Tienes una manera muy rara de querer. ¿De modo que quieres volver a verle?

ZA. (Coge el telegrama y lee.) ¡Vendrá para almor-

zar! (De pie, mira el reloj.) ¡Antes de diez minutos estará aquí. (A Cascart.) ¡Vete! ¡Vete! (Le señala la puerta Z.)

CAS. ¡Esas son tus pruebas de agradecimiento!

ZA. No, hombre, no. Te quiero, te quiero: pero vete pronto. (Le besa y le empuja hacia fuera. Luego llama.) ¡Rosalía!

CAS. ¡Pobre Zazá! (Vase.)

ESCENA IV.

ZAZÁ, ROSALÍA y SIMONA

ZA. (Llamando.) ¡Rosalía!

ROS. (Acudiendo.) ¡Señorita!

ZA. ¿Cómo está el almuerzo?

ROS. Pronto estará listo.

ZA. ¿Pero aun no has puesto la mesa?

ROS. Estará enseguida.

SIM. Las dos la pondremos en un minuto. (Rosalía y Simona colocan la mesa A en el centro del escenario. Ambas colocan los cubiertos y demás útiles para comer.)

ZA. ¡Pronto llegará el señor Dufresne! (Mirándose en el espejo del tocador.) ¡Qué mal estoy! (Se peina y despues se arregla precipitadamente el vestido.)

ROS. Señorita, ¿quiere usted que la ayude?

ZA. Ocúpate de la mesa y procura que todo esté listo cuando él llegue... ¿Qué hay para almorzar?

ROS. Huevos pasados por agua.

ZA. (Haciendo una mueca.) ¿Huevos pasados por agua?

ROS. Chuletas con patatas fritas, jamón y ensalada.

ZA. Vaya un menú.

ROS. ¿Cómo?

ZA. Hay que convenir que para inventar esos guisos no habrás tenido que pensar mucho.

Ros. ¡Señorita, si aquí todos los almuerzos son iguales!

Za. De eso me quejo. ¡Siempre lo mismo! Tengo la seguridad de que la otra en París, le preparará toda clase de golosinas.

Ros. Al señor le gustan mucho mis patatas fritas.

Za. Sí; no las haces mal; pero debes comprender que por buenas que sean, al cabo de de seis meses está uno de patatas hasta la coronilla... Procura, sobre todo, que el café sea bueno. Ya sabes que a mi Bernardo le gusta muy fuerte. Mírame. ¡Verdad que estoy horrible?

Sim. Nada de eso. Cuando ha llegado estaba usted pálida...

Ros. Y ahora tiene la señorita el cutis sonrosado y los ojos brillantes que echan chispas.

Za. ¿Por qué él me ama, entiendes? Y llegará pronto, y le espero y soy feliz. ¡He aquí el secreto de mi hermosura! ¡Y tú también eres hermosa, Simona; y mi Rosalía! ¡Cómo te quiero! (Besa a Rosalía.) Y ahora procura que no te se tuesten las chuletas. ¡Anda! (Mirando lo que la rodea.) ¡Jesús!

Ros. ¿Qué ocurre, señorita?

Za. ¡Qué desorden!

Ros. ¿Cómo?

Za. ¡Mi sombrero sobre el reloj, las enaguas planchadas colgando de la ventana y las botas sobre la mesa! ¡Qué estúpida eres!

Ros. ¿Pero si siempre ha estado como ahora?

Za. ¡Oh! Pero ayer no tenías en que ocuparte y podía haber arreglado algo.

Sim. Ahora lo arreglaremos.

Za. (Quitando el polvo del piano con un pañuelo.) ¿Qué te parece? ¿Está limpio? ¡Míralo! ¿No te da vergüenza? ¡Podría escribir mi nombre en el piano! ¡Dios mío! ¡Teniendo su casa tan limpia y bien arreglada, qué debe decir cuando sale de esta!

Ros. ¡Pero, señorita!

ZA. Debe decir—y tú tienes la culpa de ello— que soy una mujer sucia y repugnante. Y por más que te chille, no puedo conseguir que seas hacendosa.

ROS. ¡Pero señorita!..

ZA. Calla y friega. (Las tres toman servilletas y empiezan a limpiar precipitadamente.) ¡Cuando pienso que todo reluce en su casa!.. ¡Eh!

SIM. Que bonito era todo y limpio... Allí el suelo, los cristales..

ZA. ¡Y los muebles! Aunque estuviéramos frotando medio año no conseguiríamos que estos relucieran igual. ¡Ah! ¡Mamarracho! Si Bernardo me abandona, tú sola tendrás la culpa.

ROS. ¡Pero señorita!

ZA. Cállate y limpia. Llaman ¡Es él! (Dan la última mano a la faena de limpiar con excesiva precipitación.) ¡Dios mío, cómo está ese sillón! Te digo que limpies aquí, estúpida! (Le tira las enaguas al brazo y le pone de cualquier modo el sombrero en la cabeza.) ¡Llévate eso! (Rosalía se va junto con Simona. Zazá se apercibe que Rosalía ha dejado las botas sobre la mesa en que se almuerza para limpiar el piano; llama a la criada y le entrega las botas.) ¡Las botas! ¡Ah! ¡Si has dejado quemar el almuerzo, cuéntate entre los muertos! (La empuja hacia la cocina, y va a recibir a Bernardo. Despues entran los dos por la puerta Z.)

ESCENA V

ZAZÁ y DUFRESNE. Bernardo se sienta en C. y tiende los brazos hacia Zazá.

ZA. ¡Ya estás aquí, Bernardo mío! (Se sienta sobre las rodillas de Bernardo.) ¡Ven aquí, que quiero verte y besarte! ¡Qué feliz me siento cuando te estrecho en mis brazos!

DUF. ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esas ternezas?

ZA. ¡Qué malo eres! No parece sino que no soy siempre cariñosa cuando te tengo a mi lado.

DUF. Algo me ocultas, porque no estás como de costumbre. Conozco de sobra tus besos y tus caricias: te quiero demasiado para que no lo adivine.

ZA. (Satisfecha.) ¿Dices que me amas demasiado?

DUF. Sí.

ZA. ¡Qué gusto oírtelo decir, porque nunca se ama demasiado! ¡Si supieras, si supieras cuánto he sufrido! ¡Qué pesadilla tan grande he tenido!... He soñado que no me querías y que todo había terminado entre los dos. Yo no volvía a verte. Era muy desgraciada. ¡Qué sueño tan horrible, Bernardo! Pero ya pasó. Tú estás a mi lado, muy cerquita de mí y me amas aún y me amarás siempre, ¿verdad? Es una tontería, pero ¿qué quieres? ¡Soy tan feliz, que tengo ganas de llorar! (Se seca los ojos.)

DUF. ¡Pero, Zazá!

ZA. No, si ya pasó. (Se levanta y pasea.) ¡Ah! Estás de nuevo a mi lado y ya me tienes contenta y dispuesta a reir, a divertirme y a ser felices. (Entra Rosalía con los huevos pasados por agua, los deja sobre la mesa y sale.) ¿No tienes apetito?

DUF. ¡Más que apetito! ¡Traigo hambre! (Se levanta. Vuelve a entrar Rosalía. Zazá le muestra un agujero del mantel. Zazá está sentada en C. y Dufresne en B.)

ZA. ¡Rosalía, sírvenos en seguida! Siéntate allí, en tu sitio (Se sientan en la mesa.) Y dime, Bernardo mío, ¿tu marcha?

DUF. El jueves.

ZA. ¡Oh, qué felicidad! Pasaremos dos días juntos, dos días de amor con mi Bernardo. ¿Recuerdas la primera vez que almorzamos juntos? (Dufresne ha roto un huevo y lo inspecciona sin comérselo.) ¿Qué es? ¿No está bastante cocido? ¡Rosalía! (Entra Rosalía con las chuletas. Zazá le lanza miradas furiosas.) ¡No está cocido ese

huevo! (Rosalía coge los huevos y se va.) Trae las chuletas... ¿Recuerdas, Bernardo, la primera vez que almorzamos juntos?

DUF. El día del ensayo general de Bussy.

ZA. No habíamos tenido tiempo de arreglarnos. Tú estabas en mangas de camisa y yo en enaguas.

DUF. Sí; no habíamos madrugado.

ZA. ¿Te acuerdas?

DUF. ¡Ya lo creo! Rosalía nos sirvió una chuleta quemada... como ésta. ¡Vaya por los huevos que estaban crudos! (Zazá da muestras de estar molestada y se separa de Bernardo.) ¿Qué tienes?

ZA. ¡Muchas gracias!

DUF. ¿De qué?

ZA. ¿Es eso todo lo que recuerdas de nuestro primer almuerzo?...

DUF. Es que no puedo decir...

ZA. No; si ya sé que estás acostumbrado a comer mejor. Qué quieres que yo le haga; no cuento con recursos para tener una cocinera de primera...

DUF. No te enfadarás por haberte dicho...

ZA. ¡Yo te hablo de amor, y tú me contestas hablando de cocina!

DUF. ¿Pero qué te pasa? Estás nerviosa. ¡Tontuela! Ya sabes tú que no me habrán parecido despreciables tus almuerzos, cuando he reincidido tantas veces.

ZA. Es verdad.

DUF. ¡Ven acá! (Zazá se acerca á Bernardo.) Tus almuerzos tienen algo delicioso, por lo cual es imposible me canse de ellos.

ZA. ¿Qué?

DUF. Que con sólo inclinarme un poco, tengo junto a mis labios esta cabecita que me tiene loco desde hace seis meses. (La besa.)

ZA. ¿Me quieres todavía, Bernardo?

DUF. Te lo he jurado mil veces.

ZA. Sí, lo creo, y soy dichosa.

DUF. Podemos, pues, continuar comiendo.

ZA. ¿Sabes que he decidido? Pues, ocuparme de la cocina, y si es necesario echar a Rosalía. No quiero que comas peor aquí que fuera. Ha de apetecerte todo en mi casa.

DUF. Me gustas tú y me basta.

ZA. ¿Mucho?

DUF. Pero mucho...

ZA. Y dime... Cuéntame las novedades de París.

DUF. Lo más nuevo y divertido es la colección de perros y gatos que se exhiben en el Circo.

ZA. (Nerviosa.) ¿En el Circo? ¡Ah, sí, en el Circo! ¿Has ido a verlos?

DUF. Fuí con dos amigos.

ZA. ¿Dos amigos?

DUF. Sí, dos comerciantes.

ZA. ¿Dos comerciantes?

DUF. Sí. ¿Qué tiene de extraordinario?

ZA. Nada.

DUF. Estás inquieta. ¿Qué te pasa?

ZA. ¡Eh!... Estoy pensando en que tus amigos son más afortunados que yo, porque aun no has ido nunca conmigo a ningún teatro.

DUF. ¿Quieres que vayamos esta noche?

ZA. (Con alegría.) ¡Sí, sí!

DUF. Iremos al Gran Teatro, donde darán una representación artistas parisienses. Tomaremos un palco.

ZA. ¡Qué contenta estoy! ¡Y cómo te quiero!

DUF. Con seguridad pasarás una noche muy divertida.

ZA. ¿Conoces la obra que representarán?

DUF. Sí; hace un mes la ví en Variedades.

ZA. (Poniéndose seria,) ¿En Variedades?

DUF. Pasé una noche deliciosa.

ZA. (Nerviosa.) No lo dudo. ¿Fuiste con un amigo?

DUF. Sí.

ZA. ¿Y tu amigo tambien se divertiría mucho?

DUF. Extraordinariamente. Y a la salida... siendo algo tarde, fuimos...

ZA. A tomar chocolate.

DUF. ¡Eh! ¿Cómo? ¿Porqué dices eso?

ZA. Por qué cuando aprieta el apetito a la salida del teatro se acostumbra a tomar chocolate.

DUF. Pues mira, lo has acertado.

ZA. ¿Sí, eh? Pues esta noche te suplico que no me ofrezcas chocolate porque le he tomado horror. Y en cuanto a la comedia, tengo la certeza de que ha de aburrirme soberanamente.

DUF. ¿Por qué?

ZA. Es un presentimiento.

DUF. ¡Pero a ti te pasa algo! Nunca te había visto como hoy.

ZA. No hagas caso. Estoy nerviosa y nada más.

DUF. ¿Por qué?

ZA. No sé. Me han hablado...

DUF. ¿A propósito de qué?...

ZA. De contratas...

DUF. ¡Ah!

ZA. Cascart me ha propuesto que firmara para Marsella, pero a pesar de que hacen excelentes proposiciones, no he querido comprometerme porque hubiera tenido que alejarme y pasar mucho tiempo sin verte.

DUF. No puedo permitir que por mí dejes de ir a Marsella.

ZA. ¿Cómo?

DUF. Que no debo impedir que ganes dinero no dándote yo lo suficiente.

ZA. ¿Permitirías que me contratase para Marsella?

DUF. No puedo impedir que te ganes la vida.

ZA. ¿No te importaría separarte de mí?

DUF. No he dicho tal.

ZA. (Con creciente irritación.) Has dicho mil veces que no tienes negocios en Marsella. En este caso quieres que nos separemos.

DUF. ¡Nada de eso!

ZA. Dilo, si es así.

DUF. No me has comprendido. Es interés por tí... Cuando me vaya a América...

ZA. (Levantándose y paseando nerviosamente.) ¡Ah! ¡Lo esperaba! ¡Ya pareció el viaje a América! ¿Con que es cosa decidida que te irás?

DUF. Lo sabes ya. Es preciso.

ZA. ¡Eso faltaba!

DUF.. ¿Parto, acaso, para siempre?

ZA. ¡Quién sabe!

DUF. Probablemente estaré ausente tres o cuatro meses...

ZA. O cinco o seis... ¿Y te parece poco para una mujer celosa?

DUF. ¿Celosa? ¡Me voy solo!

ZA. (Apoyada en la chimenea.) ¡Oh! No mientas por lo menos. ¡Ya sé que te marchas con tu mujer?

DUF. ¡Mi mujer! ¡Tú sabes!... (Pausa corta.)

ZA. Pues bien, sí, lo sé. Sé que estás casado y que piensas abandonarme. (Pausa corta. Zazá se sienta en el taburete F. situado entre la chimenea y la mesa A.) ¡No te atrevas a negarlo! No te reprocho el abandonarme, porque al fin y al cabo no soy tu mujer; pero, ¿por qué no lo confesaste?

DUF. ¿Por qué?

ZA. Desde el momento en que no eras libre, ¿por qué dejaste que te amase tanto? ¿Por qué me has mentido y has fingido amarme?...

DUF. Pero...

ZA. ¡No debías hacerlo! Estaba entregada a un género de vida que pasaba alegremente para mí, y sin que yo me preocupase de que si era buena o mala. Llegaste tú, te adoré y me avergonzó mi anterior manera de vivir. Entonces pensé en cosas, de las cuales nunca había tenido la idea más remota. No ser más que tuya; tener un hijo que se te pareciese mucho; amarnos como ahora hasta morir de viejos... ¡Qué locura! (Pausa. Llega paseando hasta la ventana y después se

apoya en la mesa A.) ¿Imaginas, quizá, que podré empezar de nuevo mi anterior manera de vivir? Pues no es posible, porque me causa horror. No, no tenias derecho de obrar así. Debias decírmelo todo, confesármelo todo... porque no te hubiera amado como te... (Le abraza con efusión por la espalda.) ¡Si! ¡Si! Te hubiera amado lo mismo, lo mismo, porque te amaré siempre, siempre... (Soltándole.) ¡Oh, Bernardo! ¡No debías engañarme! ¡No tenías el derecho de hacerme soñar una felicidad que nunca debía realizarse. (Se deja caer en la chaise-longue anegada en llanto.)

DUF. (Se levanta y pasea.) ¿Me acusas de haberte amado? ¿Crees que he reflexionado, que he podido calcular? Tu amor ha llenado mi alma toda, tus caricias han esclavizado mi voluntad... (Coge la silla C. y se sienta junto a Zazá.) ¡Dices que no tenia el dereche de amarte asi! Mi amor apasionado, loco, no podía razonar. Te amaba. Era dichoso y tú eras feliz. ¿Y acaso no te amo como siempre? ¿Tengo, por ventura, valor para separarme de ti? ¿No estoy aquí aun, deseándote con la misma ansiedad que el primer día? No podemos reprocharnos nada, porque no es nuestra la culpa. Era necesario no habernos conocido para no amarnos. (Se echa en brazos de Zazá.)

ZA. (Anegada en llanto.) ¡Sí, sí!

DUF. ¿No hemos sido dichosos durante seis meses?

ZA. ¡Oh, sí, sí!

DUF. No quería causarte pesar; no quería que mi Zazá, el amor de mi alma, tuviese pena ninguna... ¿Me perdonas, verdad?

ZA. ¡Sí, sí!

DUF. ¡Y mi Zazá de mi vida me amará siempre, siempre!...

ZA. ¡Habla, habla!

DUF. ¡Y yo siempre he de quererte también! Estás segura de ello. ¿No es cierto?

ZA. Sí.

DUF. ¿Entonces?...

ZA. Sí; pero te vas.

DUF. Pero volveré.

ZA. (Llorando.) ¡No, no! Mientes para no causarme pesar. ¡Totó me ha dicho que no volverías!...

DUF. (Se levanta y se retira unos pasos.) ¡Totó! (Bruscamente.) ¿Has visto a mi hija?

ZA. (Estupefacta.) Sí.

DUF. ¿Sí? ¿Dónde? (Pausa.) Contesta.

ZA. ¡En tu casa!

DUF. (Colérico.) ¿Has ido a mi casa?

ZA. Sí.

DUF. ¿Has visto a mi mujer?

ZA. Sí.

DUF. ¿Y le has hablado?

ZA. Sí.

DUF. ¿Tú? Tú te has permitido...

ZA. (Irguiéndose.) ¡Sí, sí, yo! ¿Por qué no?

DUF. ¿Y a qué has ido?

ZA. ¿A qué había de ir? Quería enterarme de lo que tú me ocultabas. (Entre la chaise-longue y la mesa A.)

DUF. ¿Y qué has dicho, desgraciada? (Se sienta en la silla B que separa de la mesa A.)

ZA. Dije lo que tenía que decir. ¿Y que puede importarte lo que haya dicho, si me amas?

DUF. Me importa por la felicidad de mi mujer.

ZA. ¡Ah! ¿Quieres a ella, no a mí?

DUF. No es lo mismo. ¡Mi mujer es mi mujer!

ZA. ¡Y yo soy sólo tu amante! ¡Una mujer cualquiera. Como si mi corazón no pudiera desgarrarse como el de ella. (Se dirige hacia la ventana.)

DUF. ¿No me contestas?

ZA. ¡Y tú no me oyes! Yo te hablo de mí y tú me hablas de ella. Se trata de saber en definitiva a quién amas: a ella o a mí.

DUF. Y yo quiero saber lo que has dicho a mi mujer.

ZA. ¡Mi mujer! Sólo la manera de pronunciar este nombre me exaspera. Diciendo ¡mi mujer! ya lo has dicho todo. ¡Tu mujer! Una mujer que no te ama como yo, ¡es imposible! ¡Yo te he sido fiel; y ella... ella, quién sabe!

DUF. ¿Te atreves a decirlo?

ZA. No serias el primer marido que deja a un amante fiel por una esposa que le engaña!

DUF. ¡Miserable!... ¡Pero no, tú no le has dicho nada!

ZA. (Encarándose.) Sí; lo sabe todo.

DUF. ¿Has dicho?...

ZA. (Avanzando hacia él.) Que hace seis meses eres mi amante; que me amas y que no puedes abandonarme; que no la amas. Le he relatado nuestras caricias, nuestros amores; todo, todo, ¿entiendes?

DUF. (Amenazándola.) ¡Ah! ¡Qué canalla de mujer!

ZA. (Da un grito y cae en B.) ¡Ah! (Bernardo la repele.) ¡Cómo la ama!...

DUF. (Pasea dirigiéndose hacia la ventana.) ¡Sí, la amo, y no puedo comprender que haya olvidado ni un instante a quien he dado mi nombre para entregarme a ti! ¡Y creí amarte! ¡Ah! Pero me has curado completamente de mi locura; te veo cual eres, y en mi casa, después de esta estúpida aventura, no me quedará sino el recuerdo vergonzoso de haber amado a una mujer como tú. (Se dirige a R.)

ZA. (Con amargura. Se levanta.) ¡Basta! ¡Basta! Puedes volver a tu casa; no he dicho nada; todo lo ignoran; ¡pero ya sé ahora cuanto quería saber!

DUF. ¿Qué?

ZA. ¡Que la amas a ella, y a mi nunca me has querido! ¡Me basta saber eso!

DUF. ¡Oye!...

ZA. (Retírase y se apoya en Z.) ¡No quiero oir nada! ¡No te acerques!... ¡Vete!

DUF. ¡Bah! (Vase.)

ZA. (Despues de una pausa vuelve en sí y se dirige gritando a la puerta Z.) ¡Bernardo!... (Sale fuera.) ¡Bernardo! ¡Bernardo!... (Entra.) ¡Ah! ¡Por la ventana! ¡Bernardo!... (Le hace señas con la mano y de golpe se vuelve hacia el público, y desolada, dice:) ¡Ah! ¡Ni una última mirada! ¡Todo ha terminado! ¡Todo!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

El paseo de los campos Elíseos detrás del «Concierto de Embajadores» por donde salen los artistas; en el fondo, la Avenida de Gabriel donde un elegante cupé aguarda. Es de noche. La puerta del concierto alumbrada por dos faroles. Junto a la puerta grande, anuncios artísticos donde se lee: «Concierto de Embajadores. Zazá.»

ESCENA PRIMERA

JULIO, ADOLFO, BERNARDO

Al levantarse el telón no ha terminado aún el concierto percibiéndose vagamente como en el acto primero los sones de la orquesta. Algunos espectadores y artistas salen aisladamente. Otras personas de diversa condición social aguardan la salida de los artistas, etc. Julio y Adolfo, dos golfos, ofrecen fuego a los transeuntes, vendiendo periódicos, cerillas y canciones.

AD. La canción del soldado.

JUL. La última creación de Zazá. (Bernardo llega y se detiene junto a la puerta del concierto, sacando un pitillo. Adolfo corre a ofrecerle fuego.)

AD. (Ofreciéndole una cerilla.) ¡Caballero!

JUL. Las últimas canciones de Zazá; la historia de la Estrella de Embajadores!

AD. ¿Los diarios, señorito?

DUF. (A Julio.) Tú, trae la historia esa. (Le da una moneda.) Guarda la vuelta.

JUL. Muchas gracias, señorito. (A Adolfo.) ¿A quién estará acechando?

AD. Este es nuevo. ¿Por quién vendrá?

JUL. Quizá por Zazá... Ha comprado su... «infundio».

AD. ¿Te ha comprado su historia? En tal caso no la conoce.

JUL. Por eso querrá conocer su filiación? (Bernardo se acerca.)

DUF. ¿Los artistas salen por esa puerta?

JUL. Sí, señorito; pero el concierto no ha terminado aún. Algunos artistas que han cantado ya empiezan a desfilar. Mire usted. Ese es Zanard... ¿Le aguardaba usted quizás?

DUF. No.

JUL. Es muy malo... y huele a aguardiente que apesta... El caballero aquel que espera junto al árbol, está allí por Rosina... Hay noche que se convierte en guardacantón esperando más de hora y media. ¿Verdad, tú?

AD. Sí. ¿Y por qué no habrá venido esta noche el pollito rubio?

JUL. Hace ya dos noches que no parece. Mira, el que anda por allí es su substituto.

AD. ¿Y aquel no es el viejo de la Mainard?

JUL. ¡Justo! ¡Pobre señor!... Estoy por decirle que en cuanto ella se entere de que le espera, sale por la otra puerta.

AD. (Escuchando.) ¿Quién canta ahora? Será Luisa. Zazá ha terminado hace rato.

DUF. ¿Saldrá por esa puerta?

JUL. (Dando con el codo a Adolfo.) Ya imaginaba yo que el señorito la aguardaba... Debe salir por aquí... Mire usted, aquél es su coche.

DUF. ¡Ah! ¿Es el coche de Zazá?

JUL. ¡Si lo sabremos nosotros! Como que todas las noches la acompañamos porque nos da alguna propineja... Si el señorito quiere algún recado...

DUF. No.

JUL. Es que quizás el señorito no sepa...

DUF. ¿Qué?

JUL. Que el alto está dentro.

DUF. ¿Qué alto?

JUL. Un señorón que es el amigo.

DUF. ¿Viene todas las noches?

JUL. ¡Oh! No todas, pero muy amenudo. Esta noche está dentro. ¿El señorito quiere verle?

DUF. No.

JUL. Ya suponía yo... Por eso he prevenido al señorito. (Bernardo aparenta leer el libro que ha comprado. Bussy y Caballero entran en escena, saliendo del concierto.)

ESCENA II

Dichos, BUSSY y CABALLERO

CAB. Nunca había cantado como esta noche.

BUS. ¡Oh! ¡Admirable! (El Caballero ofrece un cigarro a Bussy.)

CAB. ¡Qué artista!

BUS. Deliciosa.

CAB. Es la estrella que enloquece a los parisienses.

BUS. ¡Es adorable!

CAB. ¡Qué lástima que nos abandone tan pronto!

BUS. ¡Cómo!

CAB. Un empresario le ha ofrecido cien mil francos mensuales si quiere ir a Nueva York.

BUS. ¡Cien mil francos!

CAB. Y pensar que fuí el primero en apreciar su talento.

BUS. Poco a poco; que yo fuí quien descubrió los méritos de Zazá.

CAB. ¡Eh!

BUS. Tengo el orgullo de poder decir que fuí el primero en dedicarla un artículo encomiástico en mi diario de Sant Etienne.

CAB. ¡Bah! ¡Tiene usted la misma manía que Cascart, que aun pretende ser el que la lanzó! (Se alejan saliendo de la escena conversando. Un caballero vestido con gran corrección, se dirige al cochero y después de dirigirle algunas palabras sale.)

ESCENA III

JULIO, ADOLFO, BERNARDO, luego ROSALÍA, después ZAZÁ

AD. (A Julio.) El alto se larga. No entra con mal pie el nuevo... Me parece que esta noche paseará en coche.

JUL. Quién sabe.

AD. No es mal tipo.

JUL. ¿Tú crees que se necesita eso para ir en coche?

AD. Siempre es una probabilidad más. (Rosalía aparece por la puerta del concierto seguida de un «groom» llevando ambos grandes paquetes, cajas de sombreros y ramos de flores.)

JUL. (A Bernardo.) ¡Señorito! Va a salir en seguida... Ahí está ya su camarera.

DUF. ¡Rosalía!

ROS. ¡Oh! ¡El señorito Bernardo!

AD. (A Julio.) ¡La conoce!

JUL. ¡Vaya!.. Me parece que ya el nuevo es viejo.

ROS. ¡Cuánto tiempo sin haber sabido de usted!

BER. Tres años. Mucho tiempo. ¿Y Zazá?

ROS. La señorita, bien. Como se sorprenderá al al verle a usted.

DUF. ¿Y qué tal?

ROS. ¡Oh! Han cambiado los tiempos señorito... Ahora somos ricas. Ya ve usted, coche y joyas y halagos y aplausos en todas partes.

DUF. ¿No se habrá acordado más de mí, verdad?

ROS. No lo crea usted, señorito. Si usted supiera el disgusto que pasamos cuando usted la abandonó... Lo que lloró la señorita... Estuvo enterma de veras, en verdadero peligro. ¡Ah! Mire usted ahora llega con la señorita Luisa.

DUF. Quisiera verla sin testigos.

ROS. Aguarda usted un momento voy a prevenirla. (Se retira Bernardo hacia el fondo.)

ESCENA IV

Dichos, ZAZÁ, LUISA. Aparecen por la puerta del concierto. Zazá lleva un paquete de cartas.

LUI. ¿Son todo cartas de amor?
ZA. Que sé yo. Probablemente.
LUI. ¿Y no has abierto ninguna?
ZA. ¿Para qué? Todas dicen lo mismo.
LUI. Eres cruel con tus adoradores.
ZA. ¿Quieres que me interese por todos?
LUI. ¿Serían muchos, verdad?
ZA. Sí, muchos, y poco interesantes.
LUI. ¿No has estado nunca enamorada?
ZA. Cállate. No hablemos de esas cosas.
LUI. Parece que la enfermedad pasó: pero puede presentarse el peligro de nuevo.
ZA. No lo creo. Estoy bien curada.
LUI. ¿No firmarás el contrato con el empresario americano?
ZA. ¡Bah! ¡Cien mil francos mensuales!
LUI. No es una bicoca. Debieras indicarme la receta para ganar tanto dinero y tanta gloria.
ZA. Es una receta muy sencilla... Muchas miserias, muchas tristezas y mucho trabajo...
LUI. ¡Trabajo, miseria y tristezas!.. De esas mercancías tengo mucha existencia.
ZA. Pues, hijita mía, solo te falta una casualidad, un momento de suerte. No temas; cuando menos lo imagines, se presentará. Adiós.
LUI. Adiós. Buenas noches. (Vase.)
ROS. ¡Señorita!
ZA. ¿Por qué no has ido a casa? ¿Qué aguardas? (Rosalía señala a Bernardo.)
ZA. ¡Bernardo! ¿Tú, aquí? (Corre hacia él estrechándole la mano. Se miran fijamente.)
JUL. (A Adolfo.) ¡Se tutean! Divinamente, ese paseará en coche. (Salen los dos y detrás Rosalía.)

ZA. (Con emoción, Sofocada.) ¡Podías prevenirme de tu llegada! Vaya una manera de sorprender a los amigos. Mi corazón late con tal fuerza que no me deja respirar. Después de tres años. ¿Recuerdas? Debías prevenirme, Bernardo.

DUF. ¡Mi querida Zazá!

ZA. (Tomando aliento.) ¡No podía respirar!.. Ya pasará... Todo pasa... ¡Deja que te mire! (acercándole a la luz.) Apenas has cambiado... ¡Estás más moreno! ¿Has llegado de América?

DUF. Esta mañana... y ya ves, me ha faltado tiempo para buscarte.

ZA. Gracias.

DUF. Desde hace tiempo los periódicos hablan constantemente de tu talento y de tu gracia. Los mismos diarios de América reproducen con elogio tu nombre a cada paso. Si supieses cuantas veces al leerlos me preguntaba si aquella Zazá era mi Zazá, mi deliciosa y encantadora Zazá...

ZA. ¡Ya ves!

DUF. Y me he convencido de ello al verte aparecer en escena: créelo, no sabía lo que me pasaba.

ZA. ¿De verdad?

DUF. Los aplausos, tu gloria, tu fortuna...

ZA. Sí; la gloria, la fortuna... Pero hablemos de tí... ¿Tus negocios?...

DUF. No tengo derecho a quejarme. Pasaré algunos años más en América, y a mi regreso seré rico... Ahora sólo permaneceré aquí un mes.

ZA. ¿Sólo un mes?

DUF. Unicamente he venido para negocios.

ZA. Un mes... y luego otra vez a América...

DUF. Sí...

ZA. ¿Y Totó?

DUF. ¡Oh! Es ya casi una mujer... Está convertida en una americanita. Apenas habla otro idioma que el inglés.

ZA. ¿Te contó?...

DUF. Todo, con sus nimios detalles... En cuanto estuve convencido de lo que había ocurrido, volví a tu casa y hallé el piso vacío, sin que nadie pudiera enterarme de tu paradero, porque no dijiste hacia donde te dirigías. Comprendí entonces que todo era inútil.

ZA. Sí, no quería verte más. Costase lo que costase, quise arrancarte de aquí. (*Señala el corazón.*) Era necesario... ¡Si supieras lo que he sufrido!... ¡Te quería tanto!... No, no te acuso.

DUF. Tienes derecho a acusarme.

ZA. No, no quiero que tengas ningun remordimiento... La decepción fué cruel... pero... a pesar de todo, no me arrepiento de haberte amado.

DUF. ¿Eres dichosa ahora?

ZA. Sí... No... No sé cómo explicarte... A tu lado me sentía feliz, nada apetecía ni deseaba. Necesitaba amor tan sólo y tu amor llenaba mi alma toda... Luego... luego... el amor me había abandonado y era preciso vivir, era preciso algo que me preocupase para no morir de tristeza y de desconsuelo. Me interesé por mi carrera, por mi arte... y, la verdad, es hermoso sentirse con talento para avasallarlo todo... ¡Ser célebre, conquistar al públido, dominarle a tu placer, hacerle reir, gritar, aplaudir, derramar lágrimas, conmoverle y subyugarle segun dicte tu soberana voluntad! ¡Oh, es hermoso! Luego los aplausos, las felicitaciones, la fortuna... no es mucho, pero impide pensar en otras cosas... ¿Si soy dichosa, dices? No sé. Me divierto y no estoy triste... Feliz, verdaderamente feliz, no... ¡Hace tres años que no he sido feliz ni un instante! Y te juro que hay momentos en que diera toda mi gloria, toda mi fortuna, todo mi talento, para volver a em-

pezar de nuevo aquellos seis meses de mi primer amor... ¡Sólo una vez puede amarse como te amé!

DUF. ¡Oh! ¡Mi Zazá! ¡Si supieses como has estado fija en mi mente! Quería olvidarte, pero tu recuerdo esclavizaba mi pensamiento. Nunca, ni un solo día, he dejado de acordarme de ti. Pero hace poco tiempo, cuando empecé a dar con tu nombre en todas partes, habiendo alcanzado la celebridad, tu recuerdo se ha convertido en una verdadera obsesión.

ZA. Pues mira, muchas veces al ver mi nombre impreso en los periódicos del extranjero, se me ocurría que donde te hallases debías leerlo, sintiéndome satisfecha al pensar que te acordarías de mí... Ya ves, pude huir de tí, pero no pude ni quise olvidarte... Cuántas veces al aparecer en escena, entre tantos ojos fijos en mí, buscaba los tuyos, pensando: ¡habrá vuelto! ¡He sufrido cruelmente, Bernardo!... He soñado mucho en nuestro amor, y siempre, al despertar, al no hallarte a mi lado, he pensado que aquella felicidad no podía volver. ¡No puedo ser feliz!

DUF. ¿Por qué no puedes ser feliz? ¡Oh, mi Zazá! Acaso no estoy a tu lado, acaso no te amo como no te amé nunca, como nunca nadie te ha amado! En cuanto pisé el vapor para regresar a Francia, sólo he tenido un deseo: verte de nuevo; sólo un pensamiento llevaba en mi mente: ¿me habrá olvidado? ¿Me amará aún? Lejos de ti, al conjuro de tu recuerdo, sentía renacer mi amor, y ahora al verte, al escuchar tu voz, siento que nunca te amé con amor tan apasionado... ¿Jamás, dices? Y nos hallamos juntos, amándonos como nos amábamos en aquellos tiempos dichosos. ¡Oh, Zazá, mi querida Zazá! La felicidad se nos

ofrece de nuevo. Un mes de felicidad, durante el cual viviremos de nuevo...

ZA. ¡Pobre amigo mío!

DUF. ¡Zazá mía!

ZA. ¡Pobre Bernardo!... ¿Y crees que sería posible? ¿Imaginas que volveríamos a encontrar aquella felicidad que perdimos? ¡Un mes de vida feliz! La felicidad a plazo fijo: como las letras de cambio. ¿Piensas que yo podría ser dichosa aguardando el vencimiento? Veinte y nueve días... veinte y ocho... veinte y siete... quince... catorce... sólo tres, dos, mañana. ¡Ah, no! Entonces un mes era toda la vida, tus ausencias no eran largas... Fuimos felices, porque nuestro amor nos enloquecía, pero desde entonces... han pasado tres años... No me has olvidado, dices, pero durante todo este tiempo mi recuerdo no te ha impedido estar dedicado tranquilamente a tus negocios; y ahora mismo, esa felicidad que me ofreces, no te impedirá separarte de mí en el plazo señalado... Y yo, ya ves... discuto, razono... Hemos envejecido los dos... no somos los niños enamorados y locos de entonces... ¡Nuestra felicidad no la recobraremos nunca!...

DUF. ¡Oh! ¿Porqué me la has recordado?

ZA. Sí, te he dicho que te había echado de menos muchas veces; no que fuera posible hallarla de nuevo.

DUF. ¿Jamás?

ZA. ¡Jamás!

DUF. ¡Oh! Y al pensar... (Interrumpiéndose bruscamente.)

ZA. Sí; tienes razón. Sé lo que piensas... Te amo y rehuso... Y quizá a otro...

DUF. Que no te amará como yo, con toda mi alma.

ZA. Oye. Si dentro de un mes pudiese separarme de ti sin que se desgarrase mi corazón, no te querría como en aquella época

de nuestro amor. Si continuase, en cambio, queriéndote, sufriría como sufrí entonces. ¡Y sufrí tanto!

DUF. ¡No me amas ya!

ZA. ¡Te amo demasiado todavía! Cuando los seres a quienes amamos han muerto, se olvidan sus defectos y sus ingratitudes para recordar sólo sus bondades y lo que nos hacía amarlos. Despues de esos tres años, me acuerdo de tí como de un ser perfecto a quien adoraba. Pienso en ti como se piensa en un ser querido que me ha arrebatado la muerte. Es un recuerdo muy triste, pero es un recuerdo muy dulce. No, Bernardo mío, no insistas... quiero que seas siempre para mí el sólo hombre a quien he amado... No debo, no puedo tratarte como a un amante pasajero... Nos hemos hallado de nuevo... ¡Qué alegría más grande! Que sepa de ti de vez en cuando... No me olvides, pero es mejor que no nos veamos.

DUF. ¿Es tu última decisión?

ZA. (Tendiéndole la mano que Bernardo estrecha con frialdad.) ¿Me guardarás rencor por ello?

DUF. No.

ZA. (Dirigiéndose al carruaje.) ¡Adiós!

DUF. ¡Adiós, Zazá!

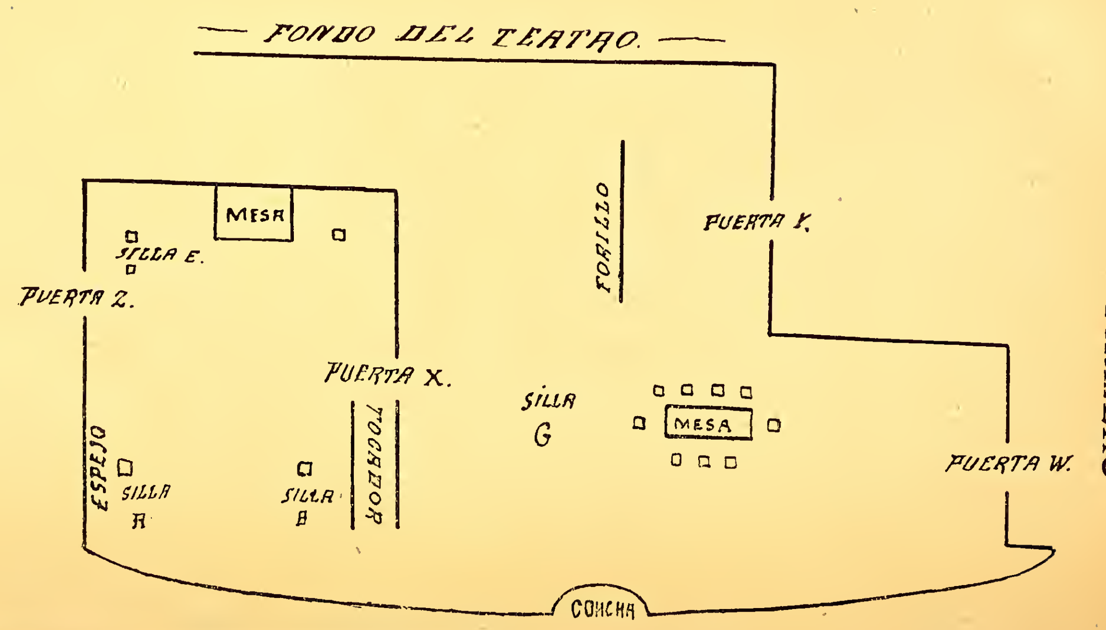
ZA. Besa a Totó en mi nombre. Dos besos muy fuertes, uno en cada mejilla... No debes decirla que yo se los mando... ¿Lo harás? ¿Me lo prometes?

DUF. (Signo afirmativo.)

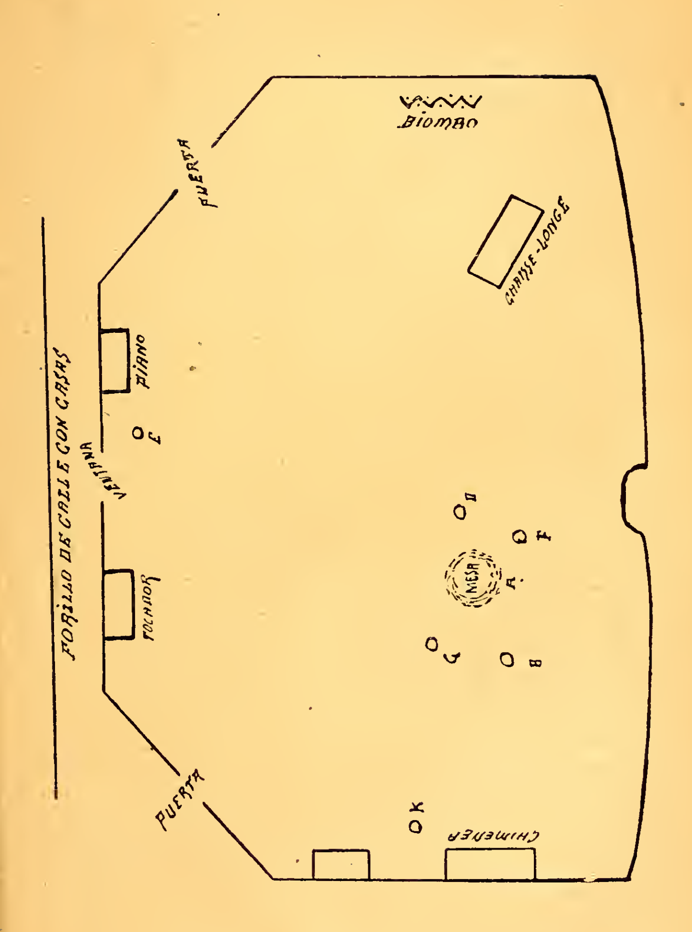
ZA. (Al cochero.) ¡A casa! (Bernardo inmóvil la contempla miéntras se aleja el coche.)

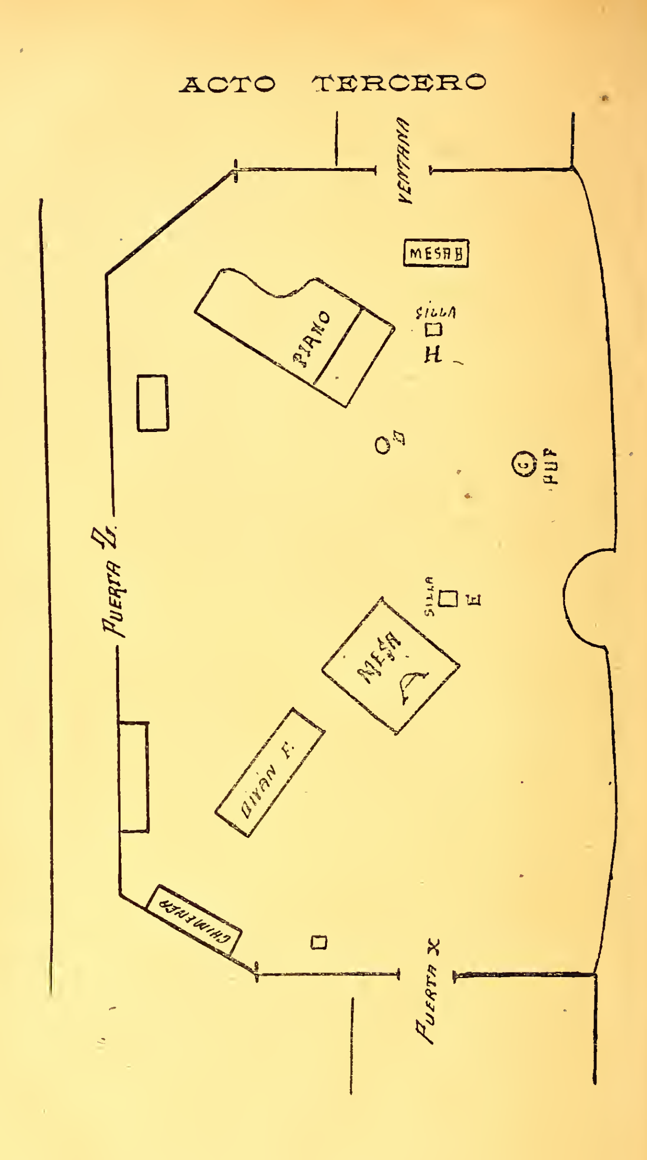
FIN DE LA OBRA

ACTO PRIMERO

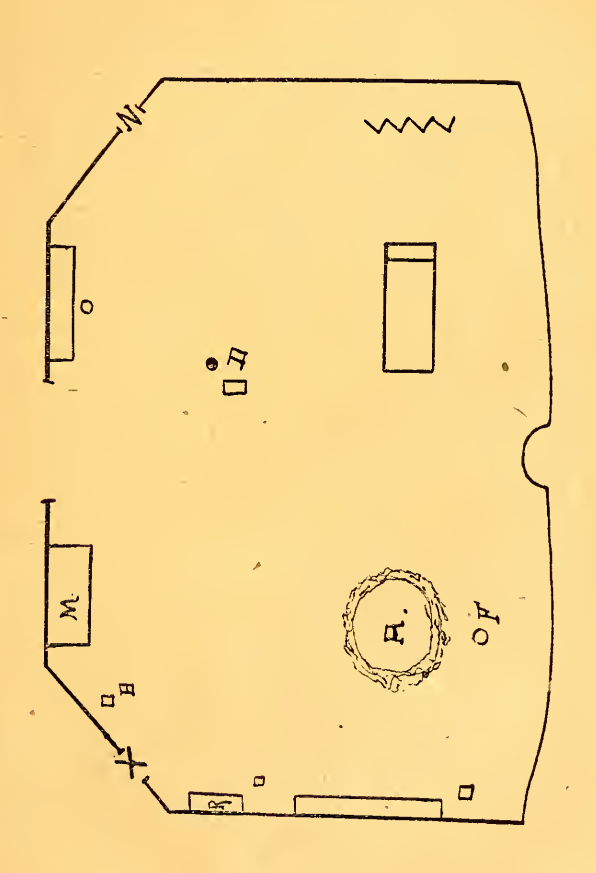


ACTO SEGUNDO

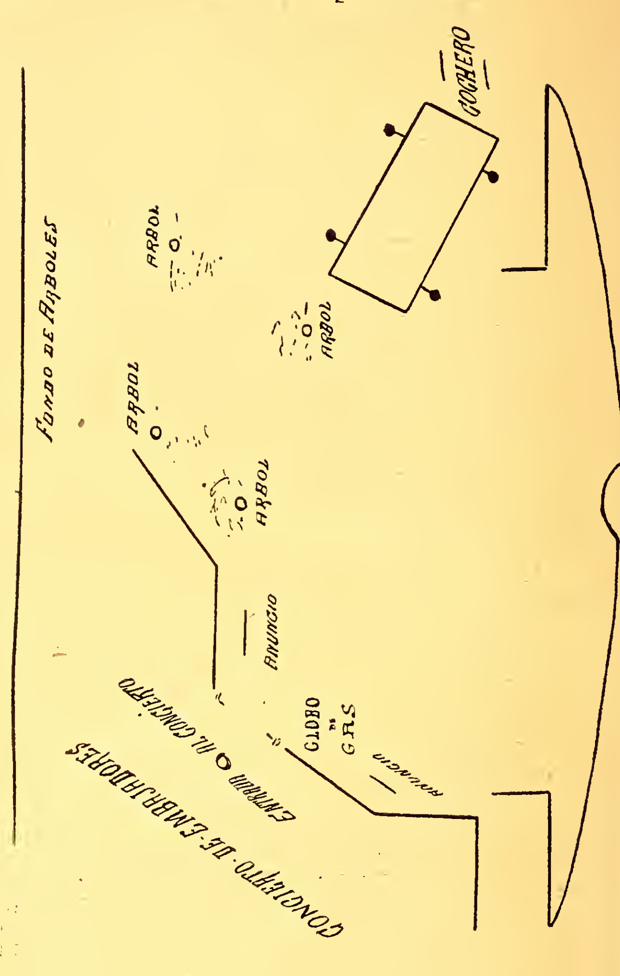



ACTO TERCERO
VENTANA
MESA B
SILLA
H
PIANO
PUF
C
PUERTA Z.
SILLA
E
MESA
DIVÁN F.
CHIMENEA
PUERTA X

ACTO CUARTO



ACTO QUINTO



COCHERO
FONDO DE ARBOLES
ARBOL
ARBOL
ARBOL
ARBOL
ANUNCIO
GLOBO DE GAS
ANUNCIO
ENTRADA AL CONCIERTO
CONCIERTO DE EMBAJADORES



Precio: DOS pesetas